LA URGENCIA DE SU HIJO



ZORRO BLANCO

La Urgencia de su Hijo

Zorro Blanco

Créditos

Este libro no podrá ser reproducido ni total ni parcialmente, así como transmitido o distribuido o publicado en su versión electrónica, sin el previo permiso escrito del autor, que publica la presente obra en modalidad de autoedición.

© 2024 Zorro Blanco

Todos los derechos reservados.

Dedicado a las personas que
Viven, sueñan y aman

Índice

Prólogo

El incidente

El descansillo

El baño

Sorprendente propuesta

El despertar

En la sobremesa

Llamada inesperada

Voyeur con derecho a roce

¿Fin?

Una semana después…

Guía de personajes

-

Prólogo

¡Esta es una obra complicada! Tengo que advertirlo: Puede generar rechazo en el lector o lectora que se adentre en ella y lo entiendo… ¡Solo espero comprensión si hiere sensibilidades!

He de decir que lo descrito aquí es pura ficción, alejada de la realidad completamente. Es una idealización de cómo pudieron producirse estos hechos sorprendentes, con sus giros inesperados así como su final.

Sin más preámbulos de esto trata la historia:

Aaron ha cometido una imprudencia fruto de la juventud, ¡divino y alocado tesoro! Ha tomado una de esas famosas pastillas y ahora está asustado porque lo que debía bajar, ¡no baja! Y con un gran nerviosismo decide contarlo a su madre, Sara.

Esta alarmada hace lo que haría cualquier madre y termina con su hijo en urgencias donde, ¡vivirán una embarazosísima situación! Pero lo que a priori puede parecer gracioso, ¡puede tener terribles consecuencias!

Así comienza esta complicada y rocambolesca historia donde Sara llegará hasta el límite de lo admisible socialmente y hasta cruzará la línea de lo inadmisible…

El incidente

Una madre nunca piensa que llegará ese día, el día en que su hijo se haga mayor y deje de ser un niño para convertirse en un hombre.

Eso le pasó a Sara el día que su hijo se plantó delante suyo con una tremenda erección en su pantalón de deporte, muy asustado cuando trataba de explicarle entre la vergüenza y el miedo qué le había ocurrido.

—¿Pero hijo qué te ha pasado? —dijo la madre al verle aquella tienda de campaña en su pantalón de deporte.

—Verás mamá, es que he estado con unos amigos tomando unas bebidas en el parque y nos han ofrecido una pastilla… —le dijo Aaron.

—¡Unas pastillas! —dijo escandalizada.

—¡Sí mamá, lo sé, no tenía que haberlas probado! Decían que era viagra y que tenías una erección todo el día.

—¡Pero a quién se le ocurre! —dijo la madre muy alarmada, más que avergonzada por el hecho de contemplar la tremenda erección fruto de la ingesta de aquella pastilla azul.

—Lo sé mamá, estoy asustado porque esto no baja y empieza ya a dolerme… —dijo el hijo comenzando a emocionarse debido al miedo que sentía.

—¡Pues nada, nos vamos a urgencias! —dijo la madre.

—¿A urgencias? —preguntó el hijo sintiendo una gran vergüenza ante la idea de plantarse así en público.

Ya había sufrido la vergüenza con sus amigos de volver a casa, asustado y avergonzado al ver aquella erección que no era capaz de controlar, cuanto más se asustaría al tener que ir a un hospital para que un médico o peor aún, una doctora contemplara su tremendo pollón.

Era ya de madrugada cuando la madre llamó a un taxi y se pusieron en camino. Pensó en tapar la cosa de su hijo poniéndole una chaqueta en el brazo para que este la usara a modo de parapeto y disimulara “aquello”.

Apenas hablaron en el taxi durante el corto trayecto a la puerta de urgencias. Ambos tenían los nervios a flor de piel y el miedo metido en el cuerpo, más que la vergüenza…

Tras pasar un pequeño suplicio en lo que se conoce como triaje, donde tuvieron que explicar a la enfermera que les recibió el problema.

Esta estaba tras una ventanilla y cuando le comentaron en qué consistía la urgencia esta se

sonrió e hizo ademán de levantarse levemente para mirar por encima del mostrador para ver esa “erección que no bajaba”.

Tras tomarles los datos les invitó a pasar a una atestada sala de espera de urgencias. Tomaron asiento en un extremo de una bancada de sillas y allí su hijo se colocó la chaqueta que portaba en la mano estratégicamente encima de su miembro erecto.

Dicen que el que espera desespera y así pasaron madre e hijo los minutos interminables que se convirtieron en más de una hora de tensa espera.

Cuando finalmente sonó el nombre de su hijo por el altavoz, madre e hijo se levantaron como movidos por un resorte interno y fueron a la puerta que nombraba la alocución.

Ahora venía la parte donde tenían que explicar lo ocurrido al médico o médica de urgencias, que para horror de Aaron, se trataba de una chica, ¡además de joven guapa!

Ante el mutismo y la vergüenza de Aaron, Sara explicó a la doctora lo que le había contado este y esta escuchó con atención.

—Ok —dijo la doctora—. Aaron, puedes acercarte a la camilla y bajarte el pantalón.

—¿Cómo dice? —preguntó un alarmado hijo.

—Sí, necesito verte el pene —aclaró la doctora.

—¿Pero por qué? —dijo él resistiéndose.

—Porque quiero ver si hay indicios de necrosis del miembro —explicó ella.

—¿Necrosis? —dijo la madre sin comprender.

—Sí señora, verá si el pene está mucho tiempo en erección, la sangre que lo llena puede empezar a necrosarse, es decir, los glóbulos rojos mueren y se necrosan y eso sería muy grave, pues habría que amputar el miembro.

La palabra amputar sonó como un golpe en el yunque que da el herrero para forjar el hierro. Pesando como una losa en la mente de la madre y del hijo.

—Vamos cariño haz lo que dice la doctora —le pidió la madre.

De forma que se levantaron y cerca de la camilla como les había pedido al chica se bajó el pantalón.

Ante ambas mujeres apareció una preciosa polla erecta y viril, con sus venas marcadas y un glande descubierto, pues Aaron estaba circuncidado.

Imperceptiblemente la doctora se mordió el labio, pero trató de actuar de manera profesional colocándose guantes para inspeccionarlo.

—Necesito verlo también por debajo, por favor, túmbate en la camilla —le pidió.

De forma que se sentó en la camilla y se echó hacia atrás quedando tendido con a todo lo largo con su pene apuntando orgullosamente al techo.

La doctora lo cogió y lo movió para verlo de cerca por todos los ángulos. Al hacerlo Aaron sintió un escalofrío y su pene se tensó aún más.

—Buenas noticias, parece que está todo perfecto por aquí. Ya puedes subirte el pantalón —dijo la doctora trans inspeccionar “el portento”.

—Verá Sara —dijo la chica comenzando a escribir en el ordenador del escritorio mientras Aaron se subía el pantalón y se sentaba de nuevo junto a su madre—. Tendremos que dejarle en observación unas horas para ver si baja, de no hacerlo habrá que intentar ponerle un relajante muscular, pero el problema es que no es músculo sino sangre lo que llena el pene de su hijo.

—¡Oh si doctora lo que sea necesario! —dijo una preocupada madre.

—Bien, les pasarán a una sala donde esperaremos un tiempo en unas dos horas volveré para ver como está.

De nuevo la tensa espera en una sala donde había una camilla, así que la enfermera le pidió que se tumbase y al hacerlo contemplo “el portento” mientras la madre observaba como una risita se dibujaba en sus labios…

—Bueno cariño, ya verás como todo saldrá bien —le dijo la madre a su lado tomando asiento en el sillón junto a la cama.

Esperas y más esperas, así puede describirse la visita a las urgencias de cualquier centro sanitario. De forma que cuando pasaron dos horas aproximadamente la doctora volvió, pero no volvió sola.

Estaba acompañada de tres de sus colegas, dos chicas y un chico, que querían ver “el portento” con sus propios ojos, aunque profesionalmente hablando era para estudiar el caso entre todos.

Aaron no había pasado tanta vergüenza en toda su vida. Le pidieron que se bajara el pantalón y mostrara su pene de nuevo y cada uno lo inspeccionó acercándose para verlo de cerca comentando cosas entre ellos entre susurros.

—Verá doctora, no hay algo que se pueda pinchar para bajarle eso —dijo la madre.

La doctora se giró hacia ella y se lo comentó. Lamentablemente no señora, esa sangre solo saldrá del pene por su propio pie, como cuando hay una erección natural. El problema aquí es la

química que ha tomado su hijo, que va a retrasar mucho el proceso.

—Pero, ¿y si no baja? —preguntó la madre alarmada.

—Bueno esperemos que baje señora, seguiremos observándolo.

—¿Pero no hay nada que podamos hacer? —insistió la madre.

—Bueno Sara, entre nosotras, lo natural es que una erección se produzca fruto de una excitación sexual. Tras el sexo esta baja de forma natural.

La madre recibió la explicación con atención y sacó sus conclusiones.

—Entonces, ¿si tuviese sexo esta bajaría?

—Sería lo previsible, aunque a veces con la viagra aun así tarda un poco más. Se utiliza en pornografía para que los actores mantengan la erección y tengan varias relaciones sexuales durante el día para el rodaje —aclaró la doctora.

—¡Oh! —exclamó la madre un poco escandalizada.

—Bueno, volveremos en unas dos horas para ver cómo sigue —dijo la doctora antes de despedirse con su séquito de camaradas.

Y el silencio se hizo de nuevo en la sala de observación donde madre e hijo comenzaban a estar cansados.

—Mamá, yo me quiero ir ya de aquí —dijo Aaron.

—Pero hijo, ¿no podemos y si eso no baja? —dijo la madre

—Ya la has oído, debería tener sexo…

—¿Oye hijo pero por qué no salgo un momento yo de la habitación y tú te tocas un poco? —se le ocurrió a Sara.

—¿Masturbarme? No sé mamá, me da mucha vergüenza.

—Pero hijo es algo natural, todos los chicos lo hacéis y sé que tú también lo haces.

—¿Lo sabes? ¿Cómo? —preguntó Aaron escandalizado.

—Bueno hijo, son detalles, los kleenex bajo la cama, alguna gota amarillenta en las sábanas —dijo la madre sonriendo por primera vez en horas.

—¡Vale mamá! Así es imposible que te lo oculte —dijo el hijo.

—Entonces, ¿quieres probar? Yo voy a tomarme un café y tú aprovechas, ¿vale?

—Está bien mamá lo intentaré.

De forma que la madre le dejó solo y este se puso manos a la obra, nunca mejor dicho…

Tras unos veinte minutos de espera, donde se tomó un amargo café de máquina, la madre volvió a la habitación.

—¿Qué tal? —preguntó la madre.

—Verás mamá he probado pero aquí no me siento tranquilo, en cualquier momento puede entrar una enfermera y no me consigo concentrar lo suficiente para que me guste y correrme, además me duele tras un rato de estar tocándome —dijo alarmado Aaron.

—¡Oh claro hijo! ¡Lo entiendo perfectamente! —dijo la madre comprendiendo la situación.

Un tenso silencio se extendió por la habitación y madre e hijo no supieron qué decir a continuación.

—¡Yo me quiero ir de aquí ya mamá! —insistió el hijo.

—Está bien hijo voy a preguntarlo y nos marchamos.

La madre fue a hablar con la doctora y le contó lo sucedido en el intento de masturbación.

—Claro, aquí no es un entorno amigable, entiéndame, en casa podrá relajarse y estar más tranquilo allí a lo mejor lo consigue —le sugirió la doctora

—¡Pero dice que le duele cuando se toca doctora! —dijo la madre alarmada.

—Es normal está hiperexcitado y necesita calmar un poco su inflamación, tal vez si se da un baño en bañera, no en ducha, se calme lo suficiente para que todo baje un poco y consiga masturbarse —indicó de nuevo a modo de sugerencia.

—Ya pero, ¿y si no funciona eso tampoco doctora?

—Bueno entonces debería probar a tener relaciones con penetración, la vagina es más suave y sin duda conseguiría correrse y aliviar un poco de presión sanguínea tras hacerlo.

—Ya, comprendo pero… —dijo la madre siendo consciente de la dificultad de tal posibilidad.

—¿Es que no tiene novia, no? —dijo la doctora.

—No, sólo amigas pero no me consta que mantenga relaciones con ellas.

—Vaya, pues no sé qué decirle —dijo la doctora—. Está mal que se lo proponga yo pero, ¿ha pensado en sexo pagado?

—¿Prostitutas? ¡No! Por favor, ¡es mi hijo! ¡No va a follar con una puta! —dijo la madre ofendida.

—Le pido disculpas señora, sólo era una propuesta dada la situación.

—Está bien lo entiendo entonces, me lo quiero llevar a casa —dijo la madre.

—Claro, allí estará más tranquilo. También puede usar hielo para bajar la excitación de la zona si nada de lo anterior funciona.

—¡Ah hielo, claro! —dijo la madre agradeciendo la sugerencia.

—Mire, si puedo la llamaré en unas a ver cómo les va, ¿vale? —dijo la doctora tocando el antebrazo de la madre para transmitirle confianza.

—¡Gracias doctora! —dijo la madre agradecida

—No hay de qué —dijo la doctora.

De modo que la doctora le firmó los papeles del alta y madre e hijo abandonaron el centro sanitario al alba…

El descansillo

Al entrar a su bloque de pisos, justo en el descansillo se encontraron con una vecina y esta, al verlos entrar tan de madrugada se interesó, como es normal, por lo sucedido.

—¡Buenos días! —dijo la vecina.

—Buenos días Nuria —dijo la madre junto a su hijo.

—Disculpa Sara, ha pasado algo, os veo entrar tan temprano y no he podido evitar preocuparme —dijo Nuria interesándose por ellos.

—¡Oh no nada! —dijo la madre muy apurada ante la posibilidad de tener que explicar el percance sufrido por su hijo y que fuese la comidilla de la vecindad.

—¡Tranquila Sara, puedes confiar en mí! Si necesitas ayuda no tienes más que pedírmelo —dijo Nuria.

Nuria era una mujer de unos cincuenta, más o menos de la quinta de la madre de Aaron y aunque ya habían pasado sus años de gloriosa juventud, aún conservaba su pelo rubio y unos buenos pechos, aunque su cintura y su culo ya no son los que eran cuando estaba en plena efervescencia sexual tenía un buen polvo como podría decir su hijo para una MILF liberada y sin pareja como ella.

Sara lo pensó un momento y el silencio que se abrió entre los tres se hizo tenso.

—Bueno Nuria, mira te lo voy a confiar esperando que me guardes el secreto. Es que mi hijo, aquí presente, no tuvo anoche mejor idea que tomar pastillas azules y claro eso le ha provocado un problemita —dijo la madre.

—¿Pastillas, qué clase de pastillas? —dijo la vecina sin comprender.

Muy azorado, Aaron vio como la madre retiraba un poco su chaqueta en el brazo, lo suficiente para que su tienda de campaña abultando su pantalón de deporte fuese visible a la vecina.

—¡Oh ya entiendo! —dijo la vecina ante la contemplación de tamaña erección—. Y qué os han dicho.

—Nada hija, que se ponga hielo y que trate de aliviarse él solito, porque amigas para eso no tiene.

—¡Oh mamá! —protestó el hijo ante las confidencias que tuvo la madre con su vecina.

—¡Claro, no te preocupes Aaron, eso se pasará! —dijo la vecina tranquilizándolo.

—Pero estamos preocupados, porque si eso no baja puede ser muy malo para él —le aclaró

la madre.

—¡Claro, lo entiendo! La sangre no puede estar ahí siempre, ¿verdad? —dijo la vecina dando a entender que sabía de lo que hablaba.

—Porque Nuria, te pido perdón con antelación por lo que te voy a decir pero, tú no podrías… —le insinuó la madre.

—¡No mamá! —dijo el hijo alarmado.

Ante la negativa del hijo, Nuria fue prudente.

—Entiendo vuestra situación, tú tranquilo Aaron, date un baño de agua caliente y relájate en el baño, eso bajara, ¿vale? Y bueno Sara, si no baja me avisas y os echo una manita, ¿vale? —dijo la vecina.

—Gracias por tu comprensión Nuria y por favor guárdame el secreto.

—Tranquila, vuestro secreto está a salvo —dijo la vecina tocando el brazo de Sara para darle confianza.

El baño

Dos personas lo habían recomendado así que decidieron comenzar por ahí. La madre abrió el agua caliente de la bañera y pidió al hijo que se sentara en el váter mientras tanto.

El chorro potente iba llenando la bañera, pero parecía no ser suficiente caudal para que la acción concluyera rápidamente y unos momentos tensos de espera se precipitaron entre ambos, que evitaban las miradas. Aunque de reojo la madre contemplaba la erección mantenida del joven.

—¿Te duele? —dijo una preocupada madre.

—Bueno, no —dijo el hijo.

—Eso está bien Aaron, tú ahora te metes en el baño y te dedicas el tiempo que necesites vale, si necesitas alguna de tus revistas o algo para excitarte tráetelas no sientas vergüenza —le dijo.

—¿Revistas, cómo lo sabes? —dijo Aaron sorprendido y asustado.

—Bueno hijo, yo limpio tu cuarto y es normal que alguna vez las hayas dejado olvidadas o las haya encontrado donde pensabas que no miraría por accidente. No te preocupes, ahora eso no importa, yo sé que es normal. Anda ve por ellas —le sugirió la madre.

Entonces Aaron fue a su cuarto y tan avergonzado como nervioso tomó un par de ellas por si una no era suficiente y las metió en un libro de física para que no fuese tan cantoso y bochornoso el espectáculo ante la portada de una oronda negra con enormes tetas siendo follada por una polla blanca como la leche, un contraste de alto voltaje sexual sin duda.

Y la otra, una chica jovencita y dulce que mostraba sus pequeñas tetitas y su chumino sin depilar cuyo título apelaba a su edad legal para tener actos sexuales, o sea los dieciocho, como es sabido.

Al entrar la madre vio el libro de física y se sonrió, algo que no pasó desapercibido para el hijo.

—¿Qué pasa? —dijo el hijo molesto.

—Nada hijo, que la física es sin duda lo mejor para que te relajes esta mañana —dijo la madre con una sonrisa aliviando un poco la tensión sufrida durante la larga noche en urgencias.

En cuclillas Sara comprobó que le agua estaba ya calentita y casi de bruces se encontró con la tienda de campaña del pantalón de deporte de su hijo, sintiéndose incómoda ante su cercanía y recordando vívidamente en su memoria la escena de aquella doctora inspeccionando la

tremenda polla erecta de su hijo, mientras ella sorprendida, se daba cuenta de que ya no era un chiquillo.

—Bueno ya está lista, tú quítate la ropa y lo dicho… —dijo la madre.

—Vale mamá, tú no entres, ¿vale?

—Está bien, pero si necesitas ayuda llama, estaré en el salón tomándome un café y unas pastas tengo hambre —le confesó la madre.

Así que cerró el baño y se preparó el consabido café sentándose en el salón a ver las noticias de la mañana mientras degustaba unas pastas que guardaba para las visitas.

La noche había sido larga y los bostezos hicieron acto de presencia. Le dolía la cabeza un poco de no haber dormido pero el café y la comida la despabilaron lo suficiente para que el dolor cesase.

Inquieta por lo que pudiese estar pasando en el baño se acercó y pegó la oreja a la puerta, pero no oyó nada…

Así que volvió al salón y no sabía exactamente porqué, o tal vez sí, pero se sintió excitada. Se imaginó a la doctora Bru arrodillándose para ver el pene de su hijo y tragándoselo como hacían las actrices porno, la impactante imagen de una mamada en la habitación de urgencias vino a su mente tan vívidamente como si en realidad hubiese ocurrido.

Y este pensamiento la excitó tanto como para abrir sus muslos y frente a la reportera que informaba de las noticias de la mañana, deslizar sus dedos bajo sus bragas y deleitarse con unas sugerentes caricias en sus labios vaginales y su clítoris erecto.

Pero la inquietud era mucha así que se acercó de nuevo al baño y pegó la oreja una vez más… nada, nada de nada.

Decidió raspara suavemente con sus nudillos la citada puerta y luego susurró tras ella.

—Cariño, ¿todo bien?

—¡No entres mamá! —dijo el hijo al otro lado.

—¡Tranquilo, no entro! Pero cómo te va, sólo eso.

—No muy bien —dijo la voz al otro lado tras una pausa de silencio.

—Voy a entrar hijo —dijo la madre sin pensar.

—Espera un momento —dijo Aaron mientras guardaba las revistas entre el váter y la bañera —. Ya puedes entrar.

Curiosamente el hijo no protestó, estaba metido en la bañera y cubierto de espuma de las

sales que había echado la madre así que tampoco es que sintiese vergüenza por ello.

—Lo siento hijo pero tengo que saber si eso funciona, sino la doctora me dijo que probásemos con hielo.

—¿Hielo? —dijo el hijo.

—Sí para bajar la inflamación de tu… —dijo la madre sin terminar la frase—. ¿No consigues terminar?

—No, estoy excitado y las revistas me ayudan pero mamá… ¡tengo miedo! —dijo el hijo mostrando su honda preocupación.

—Tranquilo Aaron, estoy aquí para ayudarte. Ya pensaremos en algo.

No había reparado en ello hasta que se puso en cuclillas y vio las revistas entre la bañera y el váter, entonces tomó una en sus manos.

—¡No mamá! —dijo ahora alarmado el hijo viendo que cogía la de la negra siendo follada por el blanco.

—¡Tranquilo, estas revistas ya las he visto! —le dijo sonriendo.

—¿En serio? —dijo él sin poder creerlo.

—¡Claro tú que te crees! Tú madre también es de este mundo sabes.

—Pero, ¿no te escandalizas? Me da vergüenza que las hayas visto, salen cosas muy fuertes —dijo el hijo.

—Sí, efectivamente. ¿Te gusta esta negra de la portada? —le dijo abriéndola por las primeras páginas.

—Si, ¿pasa algo? —dijo él.

—¡No nada! Me parece muy guarra pero es exótica y entiendo que te guste, a mí me resulta excitante también las pollas de los negros —le confesó la madre pasando a la siguiente escena que era viceversa a la primera, un negro con una blanca.

—¡Jo mamá, es extraño hablar contigo de esto! —dijo el hijo reparando en ese momento en que su madre, en cuclillas junto a la bañera tenía los muslos lo suficientemente abiertos para ver sus bragas.

Esta mirada inadvertida no pasó desapercibida para ella.

—¡Espera aquí un segundo, tengo una idea! —dijo la madre.

Salió del baño y volvió con un cojín en su mano, cerró la puerta para no dejar escapar el calor y se arrodilló junto a la bañera.

— —Verás te parecerá una locura pero mientras hablábamos ojeando tu revista he tenido una idea. Creo que debemos normalizar esto, hablar creo que puede ayudarte a relajarte porque verás, yo también estoy un poco excitada aquí viendo estas revistas contigo. Sé que parece una locura pero es así.

Aaron la miró arrodillándose ante la bañera y pensó en sus palabras pero no estaba seguro de que nada de aquello funcionase.

—Verás Aaron, he tenido una fantasía que te voy a contar, sólo para ayudarte vale y que te excites y te relajes para que puedas masturbarte.

Aaron asintió con la cabeza y la madre le contó, mientras ojeaba la gruesa revista, cómo había imaginado que la doctora se la chupaba en el box ce urgencias y tenía sexo con ella. Recreó la escena vívidamente con todo lujo de detalles para que el hijo se la imaginara sin mucho esfuerzo.

—¿Te ha gustado?

—¡Oh mucho, ha sido muy excitante! —confesó el hijo.

—Venga pues ahora mastúrbate e imaginemos qué le harías a ella, ¿vale?

—¿Pero delante de ti? —dijo Aaron confundido y avergonzado.

—¡Claro cariño! Entre los dos nos imaginaremos los detalles, es más yo también voy a masturbarme contigo, así estaré igual que tú y ambos sentiremos vergüenza o placer a la vez —se le ocurrió decirle.

—¿En serio? —dijo el hijo.

—En serio, yo también estoy excitada hijo —le confesó la madre llevando su mano entre sus muslos y subiéndola bajo su vestido—. Venga imagínate qué le harías a la joven doctora.

—¡Bueno lo intentaré! Pues me la follaría —dijo Aaron.

—¡Ya claro, pero cómo! Sé más explícito.

—¡Vale, vale!

—La pondría sobre la cama, le pediría que se echara y yo se la colaría en su vagina desde atrás.

—¡Oh de culito, te gusta hacerlo por detrás! ¿Eh? —sonrió la madre mientras ella también se masturbaba arrodillada en la bañera.

—¡Oh si, aunque me gustaría más que ella se sentara en la cama y se la clavara echándose hacia atrás y follándome ella.

—¡Como las actrices porno! ¡Sí eso sería muy excitante! —dijo la madre acariciándose casi sin darse cuenta un pecho por encima del vestido.

Sara vio como la miraba su hijo y sintió que se excitaba cuando ella se tocaba. Veía como el agua se movía ante los meneos que se pegaba bajo el agua y esto también la excitaba a ella. Una paja compartida con su hijo una idea loca que tal vez funcionaría.

—¿Te gusta tocarte conmigo hijo?

—Sí, reconozco que es extraño pero es excitante, ¿y a ti?

—¡También! ¿Te gustan mis pechos? —dijo ella cogiéndose ambas tetas y juntándolas en el un canalillo en su escote.

—¡Eh pues… no sé!

—¡Vamos te he visto cómo me miras mientras me los toco por encima del vestido! —dijo la madre.

—Sí, las tienes grandes —concluyó el hijo.

—¿Tanto como la negra? Pero las mías son blancas y rosadas —dijo ella mientras se masturbaba de rodillas sobre el cojín junto a la bañera.

—Bueno, blancas son también bonitas —dijo él.

Entonces se puso la revista en su pecho con una foto a doble página de la negra con sus enormes tetas.

—Imagínate que yo soy esta negra y que te la estás follando aquí en la bañera —dijo la madre.

Esto hizo sonreír al hijo y alivió más la tensión y los nervios que ambos sentían. Ella también rio con él.

—Mira sé que no va a ser lo mismo, pero cierra los ojos.

—¿Cerrarlos, para qué? —dijo el hijo.

—¡Tú ciérralos! —protestó ella.

—¡Vale!

Entonces Sara se quitó las tirantes del vestido y del sujetador y liberó sus tetas, para luego coger la revista y ponerla delante de estas de forma que se veía la imagen de la negra a doble página y no sus tetas desnudas bajo esta.

—Ya puedes abrirlos —le dijo.

Entonces el hijo miró y no vio nada más que la revista.

—¿Bien y cuál era la sorpresa? —dijo él sin comprender.

—Pues dame tu mano y verás —respondió la madre.

Entonces ella tomó la mano mojada de su hijo fuera del agua y metiéndola por detrás de la revista la puso sobre su pecho.

—¡Pero mamá! —dijo el hijo escandalizado al sentir el tacto de su piel y sus pezón erizado cuán garbanzo en la olla.

—¡Vamos imagina que soy la negra y que le estás tocando las tetas a ella —dijo la madre explicando su macabro pero excitante juego.

Sara tomó de nuevo la mano y la puso detrás de la revista sobre su pecho desnudo, de forma que Aaron podía seguir masturbándose con la derecha y tocando sus pechos con la izquierda.

—¿Qué tal? —dijo la madre tras unos momentos con su mano en su teta.

—No sé, es extraño mamá. Aunque te pongas la revista delante de tus tetas te veo a ti y sé que es tu teta.

Está bien entonces cierra los ojos e imagínate a la negra, así podrás concentrarte mejor dijo volviéndoselos a cerrar con su mano.

Pero inevitablemente la tentación era muy grande y apenas quitó sus dedos de sus párpados él intentó abrirlos.

—Si los abres no funcionará, tú déjalos cerrados y acaríciame imagina que son los de la negra, tú imagínalo y sentirás que son los de ella.

—¡Vale, está bien!

En silencio Sara mantenía la mano de su hijo sobre su teta y este se la meneaba bajo el agua con la otra.

—Sientes qué suaves son, dijo pasándolas de una teta a la otra, la negra las tendría igual de suaves o más suaves.

—¡Igual! —dijo el hijo.

Los pezones de Sara se pusieron duros y Aaron los pellizcó por sorpresa para ella.

—¡Con cuidado, son muy sensibles! —le advirtió.

Este los acarició con cuidado, como le había rogado la madre y ahora ella, como él mantenía los ojos cerrados, sintió una fuerte tentación, pues estaba cada vez más excitada. Y llevó su mano a sus bragas para tocarse consciente de que su hijo no miraba, pero luego le dio miedo de

que los abriera y la viese tocándose y decidió no hacerlo.

—Vamos, sigue imaginando que soy la negra que se masturba contigo en la bañera y le tocas las tetas.

—¡Vale! ¿Lo hago bien? —dijo Aaron pasando ya sin vergüenza de un pecho a otro acariciándoselos los dos.

—¡Oh sí Aaron, muy bien! ¡Me gusta mucho! —dijo ella exagerando su voz como hacen las actrices porno.

Sara no podía creer lo que estaba ocurriendo, en un jugo de rol sexual estaba excitándose y excitando a su hijo.

—Mamá, yo me preguntaba si la negra no haría algo más que masturbarse junto a mí en este momento —sugirió calientemente le hijo sacando la mano del agua.

—¿Algo más? ¿Como por ejemplo?

—No sé, tal vez algo excitante para mi —insinuó Aaron.

—¡Ah, ya sé pillín! —dijo la madre comprendiendo a lo que se refería.

La mano de Sara fue al pecho del hijo y bajó por sus pectorales perfectamente marcados y su pecho definido hasta alcanzar la base de su miembro. No podía creer la sensación que sintió al empuñar aquella dura erección por la base. Tuvo que parar un momento su masturbación mientras Aaron seguía con su mano sobando sus pechos y pellizcando sus pezones gordos como garbanzos.

Entonces Sara comenzó a agitar la polla de su hijo con gran bravura bajo el agua.

—¡Oh Aaron! Diría la negra, me pones tan caliente —añadió metiéndose en el rol de negra cachonda.

—¡Sigue ya siento que me estoy acercando mamá! —dijo el hijo para alegría de ambos.

—¡Oh Aaron, piensa que ahora ella se mete en el agua y se sienta sobre tu miembro! —dijo la madre acelerando el ritmo de sus dedos en su vagina y su mano en la dura verga bajo el agua.

—¡Oh eso sería fantástico, esa negra voluptuosa follándome en el agua! ¡Hum, ya casi estoy! ¡Sigue!

—¡Oh Aaron, si ella se sentaría sobre ti y la penetrarías! —dijo la madre—. Se agita encima de ti y tú tienes muchas ganas de poseerla, el agua se mueve y provoca olas y sale por todos lados inundando el baño pero la negra te folla implacablemente y tú no puedes más.

Sara movía la mano arriba y abajo bajo el agua y se excitaba internamente aunque no se

atrevía a tocarse delante de su hijo. Cuando este gritó finalmente:

—¡Oh Aaron me corro! —confesó el hijo.

El hijo seguía pellizcando sus pezones y acariciando sus tetas mientras se corría y ella tenía que luchar para no caer en la tentación de tocarse frente a él, a pesar de sentir un gran deseo en su interior….

—¡Así, ella también se está corriendo Aaron! —dijo la madre acelerando el ritmo de su masturbación. Sintiendo como su miembro pulsaba su mano presionándola con cada oleada de semen que escapaba por su punta y se mezclaba con el agua y la espuma.

El agua de la bañera recibió las descargas de semen del hijo y la madre sintió que sus bragas se mojaban bajo la falda de su vestido arrodillada junto a él en la bañera. Disfrutando de aquel orgasmo de Aaron tan extraño como improvisado.

Poco a poco su cuerpo se fue calmando y ella dejó de moverla retirando su mano de su vástago y dejando que este volviese a la normalidad, mientras el placer se diluía en el cálido ambiente del baño.

—¡Oh mamá, ha sido fantástico! —dijo Aaron abriendo los ojos fijándose en las hermosas tetas que mostraba su madre mientras esta se los tapaba con un brazo ante la vergüenza que le sobrevenía.

—¡Me alegro de que todo haya acabado al fin! —dijo la madre avergonzada mientras se giraba para que no le viese más las tetas y recuperaba las tirantes de su vestido, para luego meter sus tetas de nuevo en el sujetador caído hasta la cintura.

Aún con tanta precaución, sin querer esto mostró el lateral de sus generosos pechos a Aaron, que la miró maravillado desde abajo.

—¡Me ha gustado mucho! —dijo Aaron.

—Bueno no ha estado mal —dijo una avergonzada madre.

Sara se giró y recogió el cojín del suelo.

—¿Lo notas ya más calmado?

—Bueno lo sigo notando duro —dijo Aaron para desesperación de la madre.

—Ahora descansa un poco más en el agua a ver si eso se baja, ¿vale?

Sara iba a salir del baño pero sintió que la naturaleza implacable la llamaba y necesitaba hacer un pis urgentemente.

—Necesito hacer un pis, te importa si…

—¡No claro hazlo!

Con pudor la madre se bajó las bragas tirando de ellas bajo su vestido sin enseñar nada y se sentó en la blanca taza del váter, entonces comenzó a oírse el estruendoso y potente chorro de su pis.

—Sí que tenías ganas —rio su hijo.

—¡Oh Aaron no seas indiscreto y no me mires! —dijo una avergonzada madre.

—¡Vale, vale!

Una avergonzada madre terminó de soltar sus chorritos y haciendo una generosa bola de papel se aseguró que Aaron no miraba y se limpió su sexo del pis y de los muchos jugos del orgasmo.

—Bueno vamos a añadir agua caliente para que sigas un poco más relajándose, ¿vale?

—¡Ok! —dijo el hijo.

Acto seguido la madre salió del baño y cerró la puerta para que tuviese intimidad.

Y allí mismo, de pie en el pasillo no pudo aguantar más y se dedicó unas caricias en su sexo, hallándolo tremendamente húmedo y excitado, henchido de ganas de ser tocado, se acarició con presteza y sus gruesos labios vaginales se abrieron ante las ganas y el ímpetu con que lo hicieron sus dedos masturbadores.

Con la mano libre se sacó de nuevo una teta y se pellizcó su pezón tremendamente rojo y excitado mientras con la otra se frotaba el clítoris y de tiempo en tiempo se penetraba con dos y tres dedos.

A horcajadas, muy abierta se corrió dejando escapara levemente su squirt y temblando como una gacela ante las fauces del guepardo que la va a devorar, mordiéndose el labio inferior hasta hacerse daño en un detalle tan sensual como inevitable con tremendo placer corriendo por todo su cuerpo.

Tras terminar se sintió mal por lo que había hecho, ¡masturbarse tras excitarse masturbando a su hijo! Pero el morbo que le produjo la situación fue tal que, ¡tuvo uno de los mejores orgasmos de su vida!

Luego se serenó, volvió a la cocina y se preparó otro café para acto seguido sentarse en el salón a descansar unos minutos tomando ese segundo café.

Sorprendente propuesta

Sara se levantó y volvió al baño apenas unos minutos más tarde para interesarse si Aaron estaba ya mejor.

—¿Cómo va eso Aaron? ¿Te sientes más aliviado? —le preguntó al abrir la puerta.

—¡No mamá! ¡Esto sigue duro! —dijo él levantándose y haciendo salir del agua su vástago desnudo con su glande rojo y henchido tras la masturbación materna.

—¡Oh! —dijo la madre asombrada y asustada al mismo tiempo.

—¡No sé qué vamos a hacer mamá! —dijo el hijo con desesperación en su voz.

Sara estaba aterrada, pero decidida a hacer algo, tal vez algo que no fuese plato de buen gusto, como suele decirse, pero recordaba su conversación con la doctora y esta fue clara: ¡Eso bajará cuando baje la excitación sexual!

—Tranquilo Aaron, vamos a secarte y salgamos del baño —le dijo la madre invitándolo a levantarse.

Como ya lo había visto no se impresionó como la primera vez delante de la doctora, pero su miembro, tremendamente erecto y largo salió del agua cuán tiburón que aparece desde las profundidades para devorar una foca despistada.

Su miembro estaba reluciente por el baño y salió limpio a pesar de la espuma, con su glande a flor de piel pues Aaron estaba circuncidado desde pequeño.

—Ve a tu cuarto, ¿vale hijo? Ahora voy a visitarte —le dijo la madre—. Yo voy a darme una ducha que tras toda la noche en urgencias apesto —le dijo literalmente.

—Vale —dijo el hijo poniéndose a la cintura una toalla de la pila que había en un estante del cuarto de baño.

El agua caliente comenzó a caer por la ducha resbalando por la suave piel de Sara, a pesar de sus más de cuarenta, esta tenía una buena figura, con curvas en sus caderas, un culo grande pero bien proporcionado y unos pechos algo caídos debido a su tamaño pero realmente atractivos.

Su sexo estaba recortado a tijera, pues ella no era de la generación que se rapa, aunque gustaba de depilarse las ingles y un poco su monte de venus, pero se dejaba una espiga en el centro donde su vello púbico crecía y era recortado con gracia por su poseedora.

No estaba segura de lo que iba a hacer, pero sabía que tenía que hacer algo para bajar aquella erección. ¡No podía dejar a su hijo así e irse a dormir! Le aterraba la idea de que su pene

se necrosara como dijo la doctora y tuviesen que hacer sabe dios qué cosas para salvarle la vida.

De modo que, con estos tormentos en su mente se dio una ducha rápida y se secó tomando otra toalla de la pila del estante en el baño, como ya hiciera su hijo antes.

Cuando entró al cuarto de su hijo este estaba en la cama tumbado boca arriba y tapado con una sábana. En la penumbra pudo entrever el gracioso bulto que formaba su erección bajo esta.

Se sentó al borde de la cama y le habló.

—Mira Aaron, tenemos que hacer algo con eso y la doctora me ha dicho que lo más natural son las relaciones sexuales y como con la mano no funciona he pensado una cosa… —comenzó a decirle.

—¿Qué? —preguntó este intrigado.

—Verás Aaron, es un poco fuerte lo que te voy a proponer, pero es necesario hacerlo —explicó Sara.

Aaron esperó expectante a oír su propuesta y esta no tardó en llegar cuando la madre tragó saliva y comenzó a explicarse.

—Mira yo no quiero que te folles a ninguna puta, tu pene es virgen y se merece algo mejor que eso. Por eso he pensado que sea yo misma la que lo haga.

Aaron quedó mudo ante la sorprendente propuesta de ella.

—¡Pero tú eres mi madre! —exclamó este escandalizado

—Sí, lo sé, ¿quién mejor para ayudarte con tu problema?

—Pero yo me moriré de la vergüenza —añadió este.

—Yo también me moriré de la vergüenza hijo, pero es necesario hacerlo—insistió.

Aaron quedó pensativo así que Sara no se lo pensó más, se levantó y se desprendió de la toalla que liaba su cuerpo apreciándose ya su figura sensual a través de las rendijas de la persiana bajada por donde empezaba a colarse ya la claridad del día.

Tiró de la sábana y descubrió el mástil que apuntalaba la graciosa tienda de campaña improvisada que le llamó la atención nada más entrar. ¡Era increíble lo inhiesto que lo tenía! Pero le daba vergüenza mirarlo, al mismo tiempo que no hacerlo era una tentación inevitable.

Esta puso una rodilla en la cama de su hijo y pasó la otra por encima de sus muslos. A continuación, se colocó estratégicamente sobre su falo erecto y agarrándolo con una mano lo colocó apuntando a su sexo mientras con la otra se abría sus gruesos labios vaginales.

Primeramente lubricó la punta de su glande con sus propios jugos, paseando este adelante y atrás por sus labios vaginales.

—¡Oh! —gimió sin querer Aaron.

Su gemido la estremeció, haciendo que su piel se pusiera de gallina. Tragó saliva y siguió frotándolo contra su sexo y cuando se hubo asegurado que su lubricidad se había transferido a su glande, comenzó a sentarse literalmente suavemente sobre este, clavándoselo hasta su interior.

—¡Oh! —volvió a gemir Aaron.

Esta vez ella gimió también nasalmente, pues no quería proferir ningún sonido obsceno a los ojos de su hijo.

—¡Hum Aaron! Esto va a ser un poco complicado —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó este desde abajo con sus brazos inertes dejándose hacer por ella.

—Porque la tienes muy gorda y tu madre no está acostumbrada ya a estas cosas —dijo con una sonrisa para quitar hierro al asunto pues, el humor es algo que siempre ayuda.

—¡Claro! —se apresuró a decir Aaron bajo ella.

Ahora que ya la sentía dentro pero no en una penetración profunda, su madre comenzó a subir y bajar follándolo suavemente.

—¡Oh! —gimió de nuevo Aaron.

—¿Te gusta cariño? —preguntó la madre como es natural ante sus gemidos

—¡Oh sí! Es algo delicioso —dijo Aaron con franqueza.

—¡Sí, sin duda lo es! —dijo la madre sin parar de subir y bajar.

Aaron observaba inerte las acciones de su madre. Viéndola subir y bajar mientras se apoyaba con ambas manos en su pecho y sintiendo una gran excitación cuando ella bajaba y él la penetraba.

—¿No te duele, verdad? —preguntó Sara interesándose ante la gran erección que sentía llenándole las entrañas.

—¡No, en absoluto! —aseveró él como respuesta corta y precisa.

—¿Aceleramos un poco?

—¡Ajá́n! —dijo Aaron asintiendo.

Aaron era virgen hasta ese momento y ni en sus peores pesadillas pensó que podría perderla

de aquel modo.

Su madre se comportaba como toda una experta en artes amatorias y le estaba proporcionado los minutos más placenteros de su vida hasta el momento.

Ahora, al comenzar a subir y bajar con mayor intensidad, provocando una penetración más profunda. Aaron sintió la necesidad de agarrarla por las caderas y mover su pelvis al compás que esta bajaba y subía, así que lo hizo.

De forma que, cuando bajaba él empujaba un poco más, cuando subía, él se retiraba, esto hacía que las penetraciones ganasen en intensidad y el placer fuese *in crescendo* tanto para él, como para ella.

—¡Ay! —gimió la madre.

—¿Te duele? —preguntó él con miedo.

—¡No, es solo que…! —dijo Sara cortándose al final.

—¿Qué? —insistió él.

—¡Nada, olvídalo y sigamos!

La escena se calentaba por momentos. Sara no paraba de tragar saliva y morderse los labios para no emitir ningún tipo de sonido aunque esto hizo que su respiración se hiciera nasal y los resoplidos fuesen suficientemente explícitos como si fuesen gemidos sin que ella lo notara.

Por su parte él no podía contenerse y los “oes” y los “resoplidos” más descarnados se convirtieron en la sinfonía de un placer comenzó placer creciente.

—Vamos hijo, córrete cuando quieras, yo estoy preparada ya —dijo la madre.

Entonces Aaron empujó con más fuerza y ella se sentó con más intensidad, sintiendo cada uno el íntimo contacto del otro. Así hasta que su hijo bajo ella gruñó más alto que de costumbre y su eyaculación comenzó a inundar el sexo maduro y caliente de su madre.

—¡Oh mamá! —gritó Aaron arqueando la espalda y levantando a su madre desde el colchón con su penetración profunda.

—¡Sí Aaron, lo has hecho muy bien cariño! —gritó la madre.

Sara apuró la corrida de Aaron hasta que este quedó aplacado por el orgasmo. Ella estaba sudorosa y con la respiración agitada. Se quedó quieta un momento y extrajo el falo erecto de su coño mientras se sujetaba sus labios para no dejar caer su semen y manchar a su hijo con él, algo que sin duda la hubiese horrorizado y hubiese hecho que se muriese de vergüenza. De modo que descabalgó y bajó hasta el suelo pesadamente.

—¡Voy a lavarme! Descansa y esperemos a que eso baje, ¿vale?

—¡Vale mamá! —dijo Aaron.

Esta tomó la toalla y sin soltar su sexo para no derramar la leche se dispuso a marcharse de su cuarto.

—¡Mamá! —dijo su hijo antes de que esta saliera.

—¡Sí cariño!

—Me alegro de que hayas sido tú y no una puta —le confesó su hijo.

Sara se conmovió al oír sus palabras, aquello había sido muy duro para ella, también para él, pero en esa frase se condensó todo el sentimiento que habían estado aguantando durante el acto al que se vieron obligados a exponerse.

—Yo también hijo, yo también… —dijo su madre antes de salir.

Sara se sentó en el bidé y soltó por fin su vagina. Entonces de ella bajó una espesa mezcla blanca que fue reptando por la cerámica hasta el desagüe impulsada por el chorro de agua que acababa de abrir.

Se lavó íntimamente y descubrió lo excitada que estaba. No se había corrido pero el acto tampoco le había resultado indiferente. Pensó que tras masturbarse en el pasillo su cuerpo no necesitaba correarse de nuevo pero sentía una gran excitación de nuevo y no se corrió por falta de ganas sino por el gran pudor que le producía el hacer algo así subida encima de él. ¡Cómo podría volver a mirarlo a la cara tras esto!

De modo que con estos turbadores pensamientos, se fue a su cama y finalmente se durmió.

El despertar

Como cabía esperar, Sara no tuvo un sueño tranquilo. Fueron micro pesadillas húmedas donde su conciencia le alertaba de la frontera que acababa de cruzar, mezcladas con sueños húmedos donde se entregaba a sus pasiones y vicios más íntimos. Estaba en un estado de somnolencia cuando sintió que le tocaban el hombro…

—¡Mamá! —dijo su hijo.

—¡Qué! —dijo la madre tratando de despertar.

—¡Que me he despertado y esto sigue igual! —le dijo Aaron alarmado.

—¡Cómo! —dijo la madre cuando por fin abrió los ojos vio el miembro desnudo de Aaron ante sus ojos y comprobó como efectivamente este seguía erecto.

—Bueno cariño, la doctora me advirtió que esto podía pasar. Anda vamos a intentarlo de nuevo le dijo bajándose las bragas ante la mirada atónita de Aaron.

—¡Cómo, otra vez!

—Si Aaron, la doctora dijo que a medida que te corrieses varias veces mejorarías, venga ven aquí y ponte encima de mi —dijo la madre flexionando las rodillas y abriendo sus muslos para recibirlo.

Ahora que ya era de día, Aaron vio la vulva peluda de su madre y se impresionó. Al alba aún estaba oscuro en su cuarto, pero ahora a plena luz de la mañana, las rendijas de su persiana dejaban una penumbra que le hacía vislumbrar la espesura negra de su sexo peludo.

—¡Vamos! —le apremió la madre sintiéndose observada en tan íntima parte y avergonzada por tal hecho.

Aaron saltó a la cama y gateó hasta colocarse entre sus piernas. Al ver sus muslos abiertos de nuevo se fijó en su sexo peludo allí delante y sus pechos desnudos más arriba.

—¡Vamos Aaron, no lo pienses más! ¡Será lo mejor! —le aconsejó abriendo sus brazos para recibirlo.

—¡Sí claro! —dijo el apresurándose.

De modo que este se echó sobre ella con más torpeza que acierto e intentó apretar con su glande circuncidado y encontrar la entrada a su vagina.

—¡Déjame a mí! —dijo su madre introduciendo su mano y agarrando su tremenda erección por su base y apuntándola a la entrada de su vagina.

Aaron sintió de nuevo la electrizante sensación al rozar su glande con los suaves labios

vaginales que le invitaban a penetrarla.

—¡Hazlo! —le ordenó una vez lo sintió colocado justo a la entrada de su sexo.

Entonces él simplemente se dejó caer sobre su cuerpo y sintió cómo esta lo abrazaba mientras él la penetraba profundamente.

—¡Oh! —exhaló ella al sentirlo entrar hasta el tope.

Aaron no dijo nada, simplemente comenzó a mover su culo arriba y abajo frenéticamente, penetrándola profundamente, mientras ella se notaba más excitada que al alba y no fue capaz de contener los gemidos desde la primera penetración.

Gemidos y jadeos comenzaron a escucharse por toda la estancia, mientras Aaron la follaba aceleradamente y ella, espatarrada lo abrazaba sintiendo su ímpetu copulador. Sin poder contener unas tremendas ganas, tal vez acumuladas por las pesadillas y sueños húmedos que había tenido las escasas horas que pudo dormir desde la madrugada.

Un gruñido desgarrador avisó a Sara de que Aaron estaba corriéndose de nuevo en su interior, este cayó desplomado a continuación sobre ella. Aplastándole las tetas y su cuerpo, pero no le importó, le abrazó y se permitió pellizcar su culo para apreciar la dureza de sus glúteos, fue un ligero desliz casi instintivo.

Ella había gozado con él, pero aún seguía sin alcanzar su clímax, pero no le importó.

—Cariño, pesas mucho y me aplastas —susurró a su oído.

—¡Oh lo siento! —dijo él levantándose y liberándola de su peso así como de su penetración.

Este quedó tumbado junto a ella, ambos jadeaban aceleradamente tras la corta y rápida cópula, cuando ella se incorporó para ver si su erección había mejorado.

No lo había hecho pero se pidió paciencia a sí misma para ello.

Estuvieron así unos minutos hasta que de nuevo ella miró su erección y esta vez la vio más doblada y suave que la vez anterior.

—¡Parece que ya la tienes más pequeña! —dijo ella.

—¿Tú crees? —dijo él.

—¡Sí cariño, ya se nota! ¡Qué buena noticia! —dijo esta.

—Bueno, pues me voy a mi cama a descansar y ver si vuelve a la normalidad.

—¡Qué alivio! ¿No? —dijo la madre.

—Sí, esperemos que sí mamá.

Entonces Aaron se marchó y la madre quedó allí tumbada, extasiada con la follada que habían practicado hace un momento, sabía que nuevo semen estaba dentro de ella, semen de su hijo, así que con este zafio pensamiento se levantó y se duchó de nuevo tras la calenturienta siesta que había tenido con posterior follada, una vez limpia fue a la cocina y comió algo.

Luego llevó un sándwich a su hijo y se sentó a su lado en la cama.

—¿Cómo estás? ¿Mejor? —dijo ella sugiriéndole la ansiada respuesta.

—Un poco mejor sí, pero me da miedo que no termine de bajarse del todo. Es que siento el más leve roce y se vuelve a poner duro —le confesó el preocupado.

—No importa cariño, tú dale tiempo y si es necesario volveremos a intentarlo.

—Pero mamá, ¡ya van dos veces! —dijo él escandalizado.

—Lo sé cariño, a mí también me resulta raro pensar en ello —le confesó Sara.

Aaron comenzó a comer su sándwich mientras su madre simplemente le veía comer.

—Mamá, ¿te puedo hacer una pregunta íntima?

—Claro cariño, más intimidad que hemos compartido hoy no es posible —dijo ella sonriendo mientras le acariciaba el pelo.

—¿Tú te has corrido?

Sara quedó sorprendida por la pregunta de su hijo pero no se lo tomó a mal, sabía que era simple curiosidad.

—No cariño, yo aún no lo he hecho.

—Pero mamá, ¿es que no te ha gustado?

—¡Oh si, cariño he sentido sensaciones muy agradables! No hay que llegar al orgasmo para que el sexo le guste a una mujer, ¿sabes?

—¿Ah, no? Pensaba que eso era necesario para vuestro disfrute pleno —le confesó Aaron.

—No pasa anda cariño, las mujeres disfrutamos de muchas maneras.

—¡Oh entiendo! —dijo su hijo—. Pues gracias mamá.

—¿Por qué? —dijo ella sonriendo.

—Por ayudarme con mi problema

—Para eso está una madre —dijo Sara sonriendo mientras le revolvía el pelo.

En la sobremesa

Sara se encontraba en el salón viendo la tele para distraerse. Llevaba puesta una bata de casa, bajo la cual únicamente vestía ropa interior, bragas y sujetador. Cuando de pronto entró de nuevo su hijo.

—Lo siento mamá, pero esto se ha vuelto a poner duro —le dijo apareciendo desnudo delante suyo.

—¡Oh hijo, cuanto lo siento! Bueno, no importa hijo, hagámoslo una vez más —dijo ella sin importarle en absoluto.

Se levantó y se quitó su bata mostrándose en ropa interior ante la atenta mirada de su hijo.

—Ven lo haremos aquí en el sofá —dijo la madre mientras se abría la bata y se quitaba las bragas ante la atenta mirada de su hijo.

De nuevo su sexo peludo apareció a los ojos sorprendidos de él, como si fuese la primera vez.

—¡No me mires así cariño! —protestó ella avergonzada.

—¿Así cómo? —dijo él sin comprender.

—¡Así! —se limitó a repetir ella.

Aaron se acomodó entre sus muslos y ella vio su glande rojo y henchido. Esta vez, a la luz del balcón, éste empuñó su herramienta y la deslizó por entre sus labios vaginales insertándola a la primera.

—¡Oh cariño, despacio! —dijo ella.

—¡Lo siento es que no lo he pensado! ¿Te ha dolido?

—No, solo que está algo sensible tras tanto tute que le hemos dado hoy —dijo ella acariciándose su monte de Venus.

Aaron la volvió a mirar sensualmente mientras la penetraba.

—Esto no va a funcionar hijo, no puedo verte mientras lo haces —dijo ella sintiendo una gran vergüenza.

—Pero entonces, ¿cómo lo hacemos?

—Está bien, levántate. Mira aquí simplemente, yo me pondré de rodillas en el sofá y tú te colocas por detrás —le explicó.

Al medio día la luz entraba a raudales por el balcón al que daba el salón, así que Aaron no perdió detalle del cuerpo exuberante de su madre. Cuando esta se giró y se levantó su bata por

atrás admiró su gran culo, con sus cachetes redondeados en forma de pera, más anchos por abajo que por la cintura y cuando se inclinó admiró su raja vista desde atrás, sensualmente abierta con su ano ligeramente oscuro.

Este no pudo evitar sentirse atraído hacia este nuevo acto carnal que esta le ofrecía así que se acercó a ella de nuevo y una vez más acercó su estaca a su raja, pero esta vez se permitió echar saliva en su mano y lubricar previamente su glande circuncidado y seco por dicho motivo. Luego se permitió palpar sus labios vaginales y abrirlos con dos de sus dedos para apuntar su glande e insertarlo suavemente. Este acto, tan natural pero a la vez atrevido y sensual, la sorprendió pero no le importó mucho, después de todo no era su primera vez en este agitado día.

—Vamos hijo, ¡hazlo! —le ordenó.

Aaron colocó su glande y tras abrir sus labios lo metió suavemente hasta la mitad, luego se aferró a sus caderas y con un golpe de cintura la terminó de penetrar profundamente por detrás.

Esta gimió al sentir como la abría en canal con su tremenda herramienta de nuevo tremendamente dura y gorda.

—¡Oh!—exclamó la madre al sentir como esta se abría camino en su vagina.

—¿Te molesta?

—¡No, no pasa nada, sigue! —dijo ella.

Así que aferrado con fuerza a sus caderas comenzó a moverse rápidamente follándola con tremendas ganas.

Sara se sorprendió por su nuevo ímpetu renovado a pesar de las veces que lo habían hecho y no pudo contener sus gemidos apretando los dientes y resistiendo la tentación de entregarse por completo.

Pero su hijo tenía otros planes, de repente chupó su pulgar y lo puso en su ano masajeando mientras la follaba. ¡Esto la soliviantó de una manera que no esperaba!

—¡Oh Aaron qué haces! —dijo ella escandalizada al sentir su dedo en su ano.

—¡Nada! —dijo él pero siguió con su pulgar ahora penetrando su oscuro ojal mientras la penetraba profundamente.

Esto hizo que su coño se contrajera y estrechara haciendo que la penetración fuese más tensa y sintiesen más tanto él como ella cada vez que entraba o salía.

Sara se sentía como una zorra, deseaba que su hijo la llenara más y la follara más, así que

movió la cabeza hacia atrás y su melena calló por su espalda dedicándole toda clase de gemidos y jadeos mientras se entregaba a él como no había hecho hasta ahora.

Sus cuerpos chocaban y provocaban sonoras palmadas que retumbaban por un salón vacío mezclándose con los alaridos que emitía la madre.

—¿Oh cariño, qué cosas me haces, donde has aprendido lo del dedo? —le preguntó curiosa.

—Nada mamá, viendo porno —le confesó su hijo sin tapujos.

—¡Qué cosas! —dijo la madre sin poder creerlo.

—¿Te gusta?

—¡Oh sí, qué bien, sigue! —le dijo perdiendo completamente los papeles.

Y esto espoleó al chico para follarla más profundamente, más rápidamente mientras su dedo penetraba sin tapujos su culo. Esta técnica la aprendió viendo porno.

Tan larga fue la follada y tanta la excitación que por primera vez su madre se corrió con su dedo en el culo y este sintió cada contracción de su vagina en su ano y fue algo delicioso para ella y para él al sentir que había conseguido robarle un orgasmo. ¡Por fin!

En mitad de un intenso placer Aaron sacó su polla de su coño y empuñándola se masturbó detrás suyo y se corrió sobre su hermoso culo, regándola con sus chorros de semen caliente mientras ella gemía aún de placer, sorprendida por el atrevimiento de este pero tremendamente satisfecha por aquel apoteósico final.

—¡Oh cariño, qué guarrería me has hecho! —le dijo girándose para ver su culo manchado de leche. Espero que eso baje ya, porque tengo esto tan dolorido después de tanto follar que ya no podré hacerlo más —le dijo ella mientras él empuñaba su dura erección y escurría las últimas gotas de semen sacudiendo su glande sobre su culo.

El espectáculo era zafio y grosero, pero ella no estaba disgustada, más bien sorprendida.

—¿Y bien, no me vas a limpiar? —dijo ella sujetando la bata que había tapado su cuerpo mientras la follaba.

—¡Oh claro, claro! —dijo él apresurándose a ir al baño para traerle una toalla.

Mientras le limpiaba su culo ella sujetaba aún su bata.

—¡Cómo has podido hacerle esto a tu madre! —dijo ella un poco molesta.

—Lo siento mamá, es el porno, de repente no he podido resistirme a la tentación —dijo él apesadumbrado.

—¿Y lo del dedo? ¡Uf qué cosas hijo! Una no es tan moderna, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo —dijo su hijo un poco más apesadumbrado.

Ella cogió la toalla ahora y terminó de limpiarse también su sexo, pues la leche había resbalado por sus cachetes y se había colado en tan insospechada parte.

—¡No pasa nada Aaron! Admito que ha sido raro, pero no ha estado mal.

—¡Sí, por fin te has corrido! —dijo él sonriendo.

—¿Corrido? ¡No digas eso que me muero de vergüenza! —dijo ella tapándose ya su culo desnudo con su bata.

Entonces ella se encaminó de nuevo a la ducha para asearse de nuevo después del zafio espectáculo que había protagonizado en el salón.

Aaron se sentó en el salón y respiró aliviado tras la corrida, viendo como su pene bajaba poco a poco. Entonces se sintió culpable por haberse aprovechado así de su madre.

No pudo evitar recordar cómo se levantó en la mañana, excitado de nuevo pero su pene había permanecido flácido mientras dormía aunque los zafios recuerdos de la noche en la bañera y posteriormente en la cama con ella, ¡hicieron que deseara repetir!

Era su pequeño gran secreto, se había aprovechado vilmente de ella y esto le provocaba vergüenza y culpabilidad.

Sabía que de haberle contado la verdad ella no le habría permitido de nuevo acceder a lo más íntimo de ella. Por lo que de momento decidió ocultarlo.

Llamada inesperada

Al salir de la ducha Sara se lio la toalla y vio como Aaron esperaba pacientemente su turno para ducharse mientras la observaba desnuda.

Su sexo peludo llamaba su atención, así como sus grandes tetas. Su figura no era esbelta pues era una mujer madura y tenía barriguita como todas las mujeres maduras. pero su atractivo era indudable y la lascivia que despertaba en los hombres inevitable.

Ella observó cómo se tapaba su miembro con la toalla que había cogido de su cuarto para secarse y pensó que tal vez aún sentía vergüenza por su erección. La preocupación no cesaba y ella ya había hecho todo lo posible para que esta bajase, por lo que tras liarse la toalla tapar su cuerpo desnudo se acercó y retiró la toalla para ver su miembro.

—¡Oh cariño, mira está ya flácido! —dijo Sara sintiendo un gran alivio.

—¡Si, ya se me ha bajado! —rio el tocándose la nuca.

—¡Es estupendo! —exclamó abrazándolo.

Aaron aspiró el aroma del gel de su cuerpo, aún fresco por el agua, ¡olía tan bien!

—¡Si! Ya estoy más tranquilo —dijo él.

Cuando se separaron ella volvió a mirar su pene, aunque estaba flácido aún estaba morcillón y su tamaño era considerable.

—¿Vas a ducharte? ¡Pasa, pasa! —dijo su madre.

—Tranquila no tengo prisa —dijo su hijo.

La madre entonces escuchó el móvil sonar en el salón, por lo que corrió para atender la llamada. Su pene ya estaba flácido de nuevo y ella respiraba aliviada…

—¿Dígame?

—¡Ah hola soy la Dra. Bru! Nos hemos visto esta noche en urgencias —aclaró la suave voz al otro lado del teléfono.

—¡Claro doctora! ¡Claro que la recuerdo!

—¡Oh estupendo! Verá es que la vi muy preocupada y no me quedo tranquila sin saber cómo les va —dijo la doctora.

—¡Oh gracias doctora es usted muy amable! Pues nada aquí vamos intentado bajar eso como usted me recomendó.

—¿Ah, entonces ha encontrado ayuda como le dije?

—¿Ayuda? —dijo la madre entrando en alerta pues, ¡cómo iba a contarle que se había follado a su hijo para bajar su inflamación del pene!

—¡Oh! Bueno doctora, él se masturbó anoche en la bañera como me dijo y luego hemos usado hielo y ya está mejor, ¡gracias! —dijo la madre inventándoselo.

—¡Oh qué buena noticia! Bueno, llamaba por si podía ayudar pero veo que lo tienen todo controlado —dijo sorprendentemente la doctora.

—¿Ayudar? —preguntó Sara confusa.

—Bueno si, ¡lo siento Sara es que…! Sé que le parecerá una locura, pero me he quedado preocupada por su situación y bueno, después de todo si necesitaba ayuda pues había llamado para ofrecérsela, pero veo que ya está bien y bueno me alegro por ello —le confesó.

La madre no podía creer el ofrecimiento que le hacía la doctora.

—Bueno doctora, la verdad es que no para de ponérsele dura y aunque usamos hielo y eso él aún está nervioso así que, no sé si le vendría bien su ayuda —preguntó para asegurarse que no era un malentendido.

—¡Oh claro que sí! Salgo del turno así que me pasaré por ahí y echamos un vistazo, ¿vale? —matizó la Dra. Bru.

—¡Oh doctora, no sé qué decir! —dijo la madre emocionada.

—No tiene que decir nada, deme su dirección y pasaré a verle en seguida.

—¡Oh claro! Pásese por mi casa, ¡se lo agradezco mucho! —dijo la madre dándole la dirección.

Al poco salió su hijo de la ducha y se encaminó a su cuarto cuando su madre le dio el alto.

—Aaron, ha llamado la Dra. Bru, es la chica de urgencias.

—¿Ah sí? ¿Qué quería? —dijo con su toalla liada y su torso mojado.

—Quería interesarse por cómo estabas, por si te había bajado eso.

—¿Y qué le has dicho? —dijo él sacudiendo el pelo con las manos mientras mostraba su torso desnudo.

—Pues que a lo mejor necesitas un poco más de ayuda —insinuó Sara.

—¿En serio? —dijo el incrédulo.

—¿Te la quieres follar? —preguntó ella para su asombro.

—¿Follármela? —preguntó él sin comprender.

—Bueno, se ha ofrecido a ayudar como te he dicho y he pensado que tal vez te gustaría probar algo nuevo, ¿no?

—¿Lo dices en serio mamá?

—Ya sé que es una locura hijo, ¡olvídalo! —rio la madre.

—No, no es una locura. Estaba buena, la verdad y creo que estaría bien follármela, no me resultará difícil empalmarme cuando venga antes de que me vea.

—Pero no le puedes decir que hemos follado, ¿vale? Le he dicho que te has masturbado y luego te has puesto hielo.

—¡Oh claro que no! —dijo el hijo.

La madre quedó pensativa viendo a su hijo en frente.

—No sé hijo, me resulta excitante pensar en que te vas a follar a la doctora —dijo Sara tras sopesar su respuesta.

—¿Si?

—Lo nuestro ha sido extraño, tal vez demasiado, esto creo que nos puede venir bien para no darle más vueltas a lo que hemos hecho.

—¡Claro mamá! —dijo el hijo sonriendo.

—¿Te importa que esté presente mientras te la follas? —se atrevió a preguntarle sin tapujos.

—¡Oh claro que no! Después de lo que hemos compartido esta noche, tenemos confianza para eso y para más —rio Aaron.

—¡No me lo recuerdes! —dijo ella poniéndose colorada.

Voyeur con derecho a roce

La doctora condujo hasta la dirección donde vivían madre e hijo. Salía de guardia y olía a rayos por lo que necesitaba urgentemente una ducha. De modo que pensó en pedírselo a la madre antes de entrar en faena.

Las noches de urgencias eran complicadas y generaban mucha tensión, de modo que la doctora solía masturbarse al acabarlas, pero hoy el destino se había presentado en forma de chico empalmado.

Aún recordaba su pollón con deseo y sentía un cosquilleo especial en las piernas. ¡Hum, se lo follaría y sentiría su descarga en su coño! Ya podía saborear su semen relamiéndose los labios con la lengua…

El timbre sonó cuando la madre avisó a su hijo que se fuese preparando, este corrió al salón y comenzó a masturbarse con la toalla liada en el sofá…

—¡Hola! —dijo la doctora nada más abrir la puerta muy risueña.

—¡Hola! —replicó la madre.

Sara echó una ojeada a la doctora, iba vestida con ropa de calle y casi no la reconocía. Parece gracioso lo que cambia una mujer de estar ataviada con bata blanca a vestirse “normal”.

—¿Puedo pasar?

—¡Claro, claro! —respondió Sara echándose a un lado—. Por favor, está en el salón.

—¿Cómo está? —dijo la doctora mientras caminaba dubitativa por el pasillo oscuro.

—Creemos que un poco mejor, pero aún sigue con esa erección —dijo Sara dubitativa mientras articulaba en engaño.

Finalmente llegaron al salón y Aaron la saludó desde el sofá, con la toalla tapando su bulto.

—¡Hola! —dijo el chico cabizbajo.

—¡Hola Aaron! ¿Cómo va eso? —dijo la doctora sentándose a su lado.

—No sé, no termina de bajar —dijo el chico continuando con el engaño.

—¿Puedo? —dio ella haciendo ademán de apartarle la toalla.

Aaron asintió con la cabeza, así que ella apartó el paño de rizo y su verga lució esplendorosa.

—¡Oh vaya, sigue erecta! Pero no tiene mala pinta —afirmó la doctora—. No veo las venas enrojecidas ni la sangre azul, lo cual sería muy mal síntoma. La piel tiene buen tono y yo diría que está más baja que cuando vinisteis a urgencias de madrugada —explicó la doctora Bru

mientras movía el falo con la mano de un lado a otro mirándolo desde todos los ángulos.

—Ya doctora, eso es una buena noticia, entonces, ¿hay algo que podamos hacer? —dijo la madre desde atrás.

—Bueno, como hemos hablado por teléfono estoy aquí para echar una mano —dijo mirando al chico y guiñándole un ojo—. Pero antes me gustaría darme una ducha, si no tenéis inconveniente, veo que tú ya estás duchado así que esa parte está lista —sonrió.

—¡Oh claro doctora Bru! —dijo la madre.

—¡Llámame Irene! —dijo la doctora poniéndose de pie.

La madre la acompañó al baño y le dio una toalla. Esta entró y sin cerrar la puerta se desnudó como si tal cosa. La madre le echó un ojo y vio su pequeño cuerpo desnudo y sensual. Era bajita pero matona, tenía un culo precioso, musculado y bien proporcionado y sus pechos eran pequeños pero perfectas copitas de champán. Su sexo estaba depilado y su rajita asomaba desde atrás dibujando un arco perfecto entre sus muslos de carne.

Mientras el agua corría, la madre volvió al salón para ver “al paciente”.

—Parece que ha colado, ¿no? —dijo Aaron.

—Eso parece hijo, ¿te gusta?

—¡Oh si, está cañón! —dijo el chico.

—Pues adelante, ¡fóllatela! —le dijo la madre mientras se sentaba distraída en uno de los brazos del sofá y con su mano rozaba el glande jugueteando con él con sus dedos.

—Menéamela un poco, no quiero que vuelva y se me baje —le rogó Aaron.

—No se te bajará hijo, la tienes perfecta —dijo ella moviéndola suavemente arriba y abajo.

Tras apenas dos minutos la chica salió del baño con la toalla liada.

—¡Ya estoy aquí! —dijo anunciándose mientras la madre retiraba su mano tras la momentánea masturbación para mantener su erección intacta.

Ni corta ni perezosa la chica retiró su toalla y casi le da un infarto al chico, ¡estaba tan buena!

—¡Oh! —exclamó el chico nada más ver su perfecto cuerpo, fibroso y bien proporcionado.

—¿Te gusto? —rio ella.

—¡Ya lo creo Irene eres preciosa! —dijo Aaron.

—¡Eres un sol! —dijo ella acercándose y morreándolo suavemente ante la atónita mirada de la madre aún allí presente.

—Bueno, mejor os dejo solos —dijo Sara un poco avergonzada.

—Si quieres puedes quedarte mamá —dijo la doctora—. Después de todo es tu hijo y veo que estás muy preocupada por él, así que quiero que sepas que está en buenas manos.

—¿En serio? —dijo Sara sin poder creerlo.

—¡Sí, quédate mamá! —dijo Aaron insistiendo en una idea que pareció gustarle.

De modo que la madre se sentó a una prudente distancia en un sillón, aunque lo bastante cerca como para no perder detalle de la escena.

Ahora la doctora Irene se arrodilló y cogiendo el falo de su hijo se lo tragó sin pestañear, comenzando a chuparla con gran deleite y maestría, dulcemente haciendo entrar y salir su gran capuchón en su pequeña boquita de piñón.

—¡Oh qué sabrosa! —dijo dándose un respiro ante la atenta mirada de la madre y la expresión de placer del hijo.

—¿Alguna vez te la habían chupado chico? —preguntó al ver su carita.

—¡Oh, no nunca! —dijo él siendo sincero.

—Pues espero que te guste —dijo la doctora volviendo a tragar su miembro y guiñándole un ojo antes de hacerlo.

La mamada se prolongó por espacio de algunos minutos hasta que la doctora estuvo tan caliente que comenzó a masturbarse secretamente con su mano bajo la barriguita. Ante la atenta mirada de Sara que comenzó a experimentar un extraño deleite ante la mirada de la tórrida escena.

—¡Ok, ya estoy lista, fallemos! —dijo una risueña doctora que se levantó y girándose se sentó entre las piernas abiertas del chico apoyándose en las rodillas como si fuese su sillón preferido.

Con maestría se clavó su polla en su coñito y este comenzó a subir y bajar para hacerla entrar y salir.

—¡Oh qué larga la tienes, entra sin dificultad! ¿Lo ves mamá? —dijo refiriéndose a Sara que seguía sentada en su sofá con las piernas cruzadas contemplando la escena.

—¡Te agradecemos mucho tu preocupación Irene! Nos haces un gran favor al venir aquí a ofrecerte para solucionar nuestro problema —dijo la madre en agradecimiento.

—No hay de qué, como podría decirse, el placer es mío, ¡oh qué buena polla tiene tu hijo! —exclamó la doctora mientras seguía subiendo y bajando—. ¿Te gusta ver cómo me lo follo?

La madre quedó sorprendida por su pregunta y lo cierto era que sí, que disfrutaba del

espectáculo de una forma insospechada con secreto interés.

—Lo haces muy bien Irene, admito que es extraño pero excitante al mismo tiempo —le confesó.

—¡Oh sí! Yo también disfruto follándome a tu hijo delante de ti, le da un toque morboso y especial que hace que me excite aún más —afirmó la doctora mientras subía y bajaba graciosamente su pequeño cuerpo y Aaron la sujetaba por la cintura desde atrás.

El chico la veía con su pelo largo y ondulado desde atrás, su culito era respingón y perfecto y su coño era ajustado y abrasador. Era todo un placer follarla, pero si no fuese porque ya llevaba tres polvos con su madre se habría corrido nada más comenzar. En cambio ahora era capaz de aguantar sus envites y mantener su eyaculación a raya.

Cuando se cansó, Irene se levantó e invitó al chico a follarla mientras ella se sentaba en el sofá y abría sus piernas para recibirlo con un cálido abrazo.

Esto permitió al chico besarla en la boca, la doctora no lo esperaba y se sorprendió, pero luego se entregó a una tanda de besos melosos mientras que, con las piernas muy abiertas, recibía los envites del chico que ensartó su coñito desde delante con gran deleite y placer.

—¡Oh qué bien me folla tu hijo mamá! —dijo apartándose a un lado para ver a una madre cada vez más indispuesta.

—¡Veo que os compenetráis muy bien! —afirmó Sara sintiéndose cada vez más caliente ante la tórrida escena.

—¿No te gustaría masturbarte? Me gustaría ver como disfrutas también con nosotros —se atrevió a proponer la invitada.

—¡Oh eso me daría mucha vergüenza! —admitió la madre.

—¡Vamos mamá, haz lo que te pide la doctora! Debemos complacer a nuestra invitada —dijo su hijo girándose para verla.

De modo que Sara abrió sus piernas y apartando las bragas a un lado comenzó a tocarse secretamente su sexo caliente y muy húmedo. Lo tenía algo irritado tras los tres polvos que le había echado su hijo, pero aún se podía deleitar con su dedo en su clítoris.

—¡Oh mamá, qué bien lo haces y qué cachonda me pone saber que disfrutas con nosotros! —dijo la doctora Bru siendo follada por si hijo con gran ímpetu mientras se comían la boca de vez en cuando.

Ahora la doctora quiso cambiar de posición, pero sorprendentemente tras ser liberada por Aaron se acercó a su madre y la besó en los labios.

—¡Oh mamá, quiero lamerte la raja! Hace tiempo que no me como una, ¿te importa si lo hago?

—¿Cómo dices? —exclamó Sara sorprendida tras el beso lésbico que le había dado.

—¡Tú tranquila mamá, te comeré tu rajita y te gustará, ya lo verás! —dijo la doctora comenzando a lamer su clítoris sin esperar permiso.

La doctora bajó y enterró literalmente su cara entre sus muslos. Sara sintió una gran excitación cuando aquella respetable doctora perdía completamente los papeles ante una atracción extraña hacia ella como madre, pero lo cierto es que su lengua allí abajo terminó por desarmarla y sacó su culo un poco más del sillón para ofrecerle mejor su coño y sentirla mejor en su raja abierta.

Mientras tanto un atónito Aaron decidió unirse y al ver el culito que le ofrecía la doctora se colocó desde atrás y la ensartó de nuevo atravesando su coñito precioso y tremendamente suave.

—¡Oh qué bien Aaron, fóllame mientras como el coño a tu madre! ¡Qué rico! —dijo la doctora dándose un respiro.

Así el trío se consumó de una forma tan extraña como imprevista y Aaron folló a la doctora con tremendas ganas mientras su madre era testigo en persona y ambos se miraban con lascivia y complicidad.

De pronto la doctora no aguantó más los envites del chico y con el sabor del sexo de la madre en la boca se corrió desgarradoramente, estremeciéndose varias veces mientras Aaron apuraba su orgasmo y la follaba con fuerza aferrándose a sus pequeñas caderas.

—¡Oh ha sido maravilloso! —dijo la doctora incorporándose y besando a la madre en la boca traspasándole el propio aroma de su sexo a través de los labios.

Luego se giró y besó al chico dándole la enhorabuena por el polvazo que acababan de echar.

—¡Oh chico eres un máquina follando! Me ha encantado correrme sintiendo tu larga polla en mi coño —dijo chupándole dulcemente sus labios traspasándole también a él los efluvios del sexo de su madre.

Algo que notó perfectamente Aaron y que le sorprendió por lo inesperado, el sexo de su madre en sus labios, ¡hum! Sólo de pensarlo se estremeció.

La doctora pidió permiso para ducharse de nuevo y la madre se lo concedió. Entonces quedaron solos en el salón de nuevo, madre e hijo, hijo y madre se miraron en silencio.

—¡Oh mamá me ha gustado mucho follarla mientras ella te lo comía! —le confesó su hijo.

—¡Oh Aaron qué vergüenza hijo! Pero admito que sí, ha sido muy excitante. Me gustaba verte mientras te la follabas.

—¿Te puedo confesar algo zafio? —le dijo Aaron—. Cuando me ha besado he notado el sabor de tu coño en sus labios.

—¡Aaron, qué cosas tienes! —dijo ella escandalizándose.

—¡En serio mamá! Su boca olía a tu sexo y me ha excitado.

—¡Es algo un poco asqueroso! ¿Lo sabias? Aunque admito que me ha pasado algo parecido cuando me ha besado tras chupártela hijo —le confesó ahora ella.

—¡Oh mamá! ¿Me la quieres chupar ahora? —le dijo Aaron tomando su cabeza por el cuello y tirando de ella hasta llevarla has su glande.

La madre se dejó inclinar por su hijo y chupó su glande tras follarse a la doctora. No recordaba ya como sabía una polla y menos tras follarse a otro coño pero le supo a gloria.

Mientras tanto Aaron acarició su culo y le coló su dedo por su ano, acordándose cuando la folló y la penetró por este a la vez. Esta se movió inquieta sintiendo el íntimo contacto y siguió chupando con ganas su miembro.

Sin esperar Aaron la puedo de espaldas a él e hizo que esta se inclinase hacia adelante, dejándole entrar en su caliente interior. La folló con suavidad sintiendo la gran lubricidad de la vagina de su madre, que había sido chupada por los labios, la lengua y la boca entera de la ardiente doctora y gozaron de una follada corta y rápida hasta que la doctora volvió a salir de su ducha rápida.

Entonces los pilló follando en el salón y se sorprendió aún más.

—¡Hum, esto no me lo esperaba, para nada! —admitió la doctora.

—¡Verá doctora es que nosotros! ¡No sabemos lo que nos ha pasado! —dijo una azorada madre incorporándose y sacándosela de su vagina.

—¡Tranquila, no pasa nada! ¡Soy una tumba! Este será nuestro secreto, ¿vale? —dijo la doctora de buen humor.

—¡Oh doctora qué vergüenza! —dijo la madre.

—¡No os preocupéis me marcho y os dejo en la intimidad! —dijo la doctora.

La situación fue incómoda para ambos, la doctora se puso su ropa de nuevo y se despidió besando a ambos en la mejilla. Les deseo suerte y les animó a continuar.

—Seguid con lo que estabais haciendo chicos, no os preocupéis por mí, ya sé el camino… —le

dijo antes de marcharse.

—¡Qué vergüenza Aaron, nos ha pillado follando! —dijo la madre.

—No pasa nada mamá, ya lo has visto, nos guardará el secreto —dijo Aaron enterrando su cara entre los muslos de su madre.

—¡No Aaron, eso no por favor!

Pero ya era tarde, su lengua la desarmó clavándose en su raja y comiéndose cuantos jugos manaron de ella. Esta se inclinó hacia atrás y sujetó su cabeza hasta justo antes de correrse. Entonces tiró de él y le rogó que la follase.

Este lo hizo y encarados en la postura del misionero sobre el sofá del salón ella se dejó follar por él, con sus piernas completamente abiertas y este le pellizcó sus tetas y admiró su exuberancia mientras la follaba.

Cara a cara sin perderse detalle del espectáculo ambos follaron rápidamente y él se corrió sacándola en el último instante de su vagina y soltando su carga sobre su barriguita.

Esta, complacida, le regaló su sonrisa y mojando sus dedos en su ombligo chupó la leche que él había derramado sobre su barriguita.

Este, al ver cómo hacia aquello, no se lo pensó. Acercó su glande y se dejó chupar su polla por su madre en unos calientes actos finales, sintiendo espasmos entre el dolor y un intenso placer.

¿Fin?

Madre e hijo quedaron sentados en el sofá sin saber muy bien qué les había pasado. Desnudos en el sofá, agotados y exhaustos, oliendo a sexo por todos lados.

—¡Oh cariño qué buena follada! —dijo ella satisfecha.

—¡Jo mamá, me encanta que me la chupes tras correrme! —dijo él.

—¡Me encanta el sabor de tu semen! —dijo la madre.

—¡Jo mamá, no sabía que fueses tan avanzada en esto del sexo!

—¡Hay muchas cosas que no sabes de tu madre!

—¿Como qué? —dijo el intrigado.

—¡Ya te las contaré si me siento en confianza contigo!

—¿Cómo, cuanta confianza necesitas?

Ambos rieron mientras se daban cuenta que inevitablemente necesitaban una ducha.

—¿Nos duchamos?

—¿Juntos? —dijo Sara sin pensar haciéndole una propuesta que su hijo no quiso rechazar.

—¡Sí! —dijo Aaron sorprendido por su ofrecimiento improvisado fruto de un malentendido.

Desnudos entraron en la ducha y el agua caliente comenzó a correr primero por los pechos de ella y a resbalar hasta llegar a su vagina.

Ella se refrescó así y tras esto refrescó a su hijo frente a ella, permitiéndose echar el prepucio para tras para limpiar el glande rojo y henchido de él. Luego se giró y ella aprovechó para limpiar su espalda y de nuevo cara a cara el chico tomó la manguera y la hizo girarse para limpiar la espalda de ella.

Compartieron esponja y la espuma corrió por sus cuerpos mientras el agua les refrescaba y aclaraba al mismo tiempo.

El acto fue puro y para nada obsceno, una madre desnuda duchándose junto a su hijo desnudo, uno enjabonando al otro y viceversa.

La madre limpió sensualmente su raja frente a la mirada atónita del hijo y luego su glande con abundante espuma.

Ambos estaban irritados pero profundamente complacidos, el sexo tabú podía ser algo tan intimidante como atrayente…

El resto de la tarde lo pasaron en casa. Era domingo por la tarde y al día siguiente tendrían

que trabajar y estudiar. Pero se permitieron aquellos momentos de relax para almorzar juntos y ver una peli en la sobre mesa juntos. Dando una cabezada entre las escenas y desperezándose bien entrada la tarde cuando su timbre sonó.

Eran sobre las siete cuando el timbre volvió a sonar tímidamente, tras un primer intento fallido por llamar su atención.

Sara se levantó y con su bata de andar por casa salió a ver quién era y qué quería pero, cuando se asomó discretamente por la mirilla y vió a su vecina, ¡no podía creerlo! Así que abrió tan tímidamente como su visitante llamó a la puerta

—¡Hola vecina! —dijo Sara aparentando sorpresa.

—¡Hola! Verás es que me quedé preocupada esta mañana cuando hablamos en el descansillo y quería saber si ya se resolvió… "ese problemilla" que tenía Aaron —preguntó la madura vecina.

—¡Oh pues! Está algo mejor pero…

La madre sintió vergüenza, como vergüenza había sentido en la mañana cuando se topó con Nuria en el desacansillo de su bloque de pisos y tuvo que explicar su salida de madrugada. La vecina prometió guardarles el secreto, pero Sara sabía que sobre algo tan suculento era difícil mantener la discreción que precisaban, así que decidió invitarla a pasar.

—¿Íbamos a tomar un café? ¿Por qué no pasas y lo hablamos dentro? —dijo invitándola a adentrarse en su hogar apartándose ligeramente de la puerta.

—¡Oh gracias, espero no molestar! —dijo la vecina contenta entrando a su hogar.

—¡No molestas Nuria! —le dijo su anfitriona cerrando la puerta tras ella.

Accedieron al salón donde Aaron se desperezaba y se sentaba en el sofá.

—Mira es Nuria, que ha venido a ver cómo estabas —dijo la madre guiñándole un ojo de complicidad.

—¡Hola chico! Ya me ha dicho tu madre que te encuentras mejor —dijo la vecina sentándose a su lado en el sofá donde antes daba una cabezada.

—¡Oh si ya estoy mejor! —dijo Aaron sintiendo el mismo rubor que antes sintió su madre.

—¡Eso está bien! —exclamó la vecina.

—Bueno voy a preparar un café, ¿queréis café? —ofreció la madre.

—Si no es mucha molestia, para mi un manchado que si no luego no duermo —solicitó la

amable vecina.

—Lo mismo para mí mamá —dijo Aaron.

—Muy bien pues voy a prepararlo… ¡Oh Aaron, puedes venir a la cocina, tengo las bolsas de café en esos muebles tan altos y no llego! —dijo la madre cuando reparó en compartir con su hijo sus pensamientos.

—¡Vale, yo te lo alcanzo!

De modo que madre e hijo encontraron algo de intimidad en la cocina para intercambiar opiniones sobre su amable vecina.

—¡Oye Aaron te seré sincera! No me fío de la vecina, esta es una cotilla como todas, creo que debemos comprometerla lo suficiente para que no ose hablar de nuestro secreto —le dijo la madre en voz baja.

—¡Ah sí! ¿Cómo lo haremos? —replicó un sorprendido hijo.

—Bueno no sé cómo te encuentras pero… ¿te la follarías? —dijo su madre mirando su paquete bajo el pijama que llevaba puesto.

—¿Follármela? —preguntó un sorprendido hijo.

—¡Sí! —dijo la madre haciendo el gesto del silencio poniendo un dedo en sus labios y siseando.

—¡Oh pues, no sé! ¡Creo que sí! —dijo su hijo tan asombrado como incrédulo.

—Entonces tú sígueme el juego y procura que se te ponga dura cuando llegue el momento —dijo Sara.

Mientras el café se hacía Sara mandó a Aaron al salón y este, ahora más cortado tras su sorprendente propuesta se sentó junto a la vecina.

—¡Gracias por el interés Nuria! —dijo Aaron tras pensar qué decirle en la cocina.

—¡Oh, no hay de qué hijo! Pero, ¿la solución ha sido sencilla? —se atrevió a preguntarle.

—¡Oh pues, la verdad es que es algo complicado! —dijo Aaron incrédulo ante su pregunta.

—¡Claro, claro! Esas cosas químicas son un problema a veces. Mi difunto marido las tomó alguna vez y estaba horas con eso… ¡así! —dijo la vecina ruborizándose cuando llegó su madre con una bandeja portando las tazas de café y algunas pastas que guardaba en la cocina para las visitas.

—¿De qué hablabais? —se interesó tras oír el final de la frase de Nuria.

—¡Oh bueno, le contaba a tu hijo que mi difunto esposo alguna vez tomó esas pastillas

azules! Y claro, eso se quedaba “así” durante horas —repitió la vecina una vez más ahora una azorada vecina por el recuerdo morboso que se atrevió a confiarles.

—¿En serio? —dio Sara ofreciéndole su taza.

—¡En serio! Él quería pero la naturaleza ya no le respondía y yo era más joven así que bueno, un doctor se las recomendó y al principio la cosa funcionó pero luego cogió miedo porque esas pastillas tenían contra indicaciones algo fuertes y tras su angina de pecho decidió no tomarlas más.

—¡Oh claro! —dijo la madre fingiendo pena.

—Luego el señor se lo llevó y mira hija, ¡cosas que pasan! —aclaró la vecina.

—¡Oh claro! —repitió Sara una vez más.

Se hizo un silencio algo incómodo entre los tres así que Nuria fue quién lo rompió.

—Pero tú eres joven, ¿cómo se te ocurrió tomar eso? —le preguntó de repente.

Aaron se quedó cortado y no supo qué responder.

—¡Ya sabes que loca es la juventud! —intervino su madre echándole un capote mientras reía.

—¡Eso mismo pienso yo! Qué locuras que habremos hecho

»Recuerdo una vez que mi padre trajo del huerto un cesto de verduras y lo dejó en la cocina. Yo estaba con una amiga por casa y vi unos pepinos que sólo de tenerlos en las manos una ya pensaba en otras cosas —se atrevió a confesarles su visita.

—¡Vaya Nuria, qué pillina! —rio la madre de Aaron con complicidad.

—¡Oh qué calores me entran sólo de recordar aquello! —añadió la vecina.

—Pero, ¿llegó a “usarlos”? —se atrevió a preguntarle Aaron.

—¡Oh chico, esas cosas no se preguntan! —rio Nuria sin contestar su morbosa curiosidad.

—¡Aaron, qué indiscreto! —le regañó su madre.

—¡Oh, lo siento mamá! Es que me daba curiosidad por conocer esa historia, solo eso —se lamentó Aaron.

—No te preocupes chico, a mi edad eso ya no me molesta. Si tu madre no se escandaliza te confesaré que tuve uno escondido unos días en mi cuarto, los días que se mantuvo fresco lo usé para experimentar pues, ¡una se moría de ganas de sentir algo en aquellos tiempos! —le confesó Nuria recordando su pasada juventud.

—¡Qué morboso! —dijo Aaron.

Entonces madre e hijo se miraron y ella le guiñó un ojo de nuevo, momento en el que Aaron fingió estar inquieto.

—¿Te ocurre algo hijo? —se preocupó fingidamente la madre.

—¡Oh mamá, es que al escuchar la historia de Nuria sentí que esto comienza de nuevo! —dijo Aaron fingiendo igualmente su preocupación.

—¿Qué pasa? —se preocupó la visita.

—¡Oh Nuria, que eso empieza otra vez! Y lo peor es que Aaron lo tiene ya muy sensible y le duele con tan solo mirárselo —se atrevió a confesarlo—. ¿A ver Aaron, puedes levantarte?

Con pudro fingido Aaron se levantó y su pijama apuntó como una tienda de campaña girada en vertical. Ante lo que la visita abrió la boca y los ojos se le pusieron como platos.

—¡Oh, cuánto lo siento! —dijo la vecina

—Bueno Nuria, ¡tú no tienes la culpa! —dijo la madre.

—Ya pero ha sido mi historia lo que ha encendido de nuevo a Aaron —se lamentó la vecina —. ¿No hay nada que pueda hacer para ayudarle?

—¡Oh bueno Nuria, hemos probado ya de todo! El hielo hace que le duela más y no le baja la inflamación y masturbarse hace que le duela pues ya lo tiene muy sensible de las veces que lo ha hecho ya. ¡Oh, no sé qué vamos a hacer! —le explicó fingiendo la situación “sin retorno” en la que se encontraban.

Madre e hijo se quedaron callados, fingiendo su congoja esperando a ver cómo reaccionaba la vecina.

—¡Ay chica, no sé! Yo aún puedo… ¡Tal vez si tú me dejas a solas con él yo podría ayudar! —se atrevió a ofrecerle.

—¿En serio te ofreces a ayudar? —preguntó su madre para asegurarse de su decisión.

—Bueno, si él cree que puede conmigo, yo estoy dispuesta hijo —dijo mirando ahora a Aaron.

—¡Ay Nuria, no sé cómo agradecerte esto! Si queréis más intimidad podéis ir al cuarto de Aaron, yo esperaré aquí —dijo la madre fingiendo reponerse.

—¡Oh, eso parece lo apropiado! Vamos Aaron, voy a intentar ayudarte con tu problema —dijo la vecina levantándose y ofreciéndole la mano como si fuese un niño pequeño.

Aaron tomó su mano y guiñó un ojo a su madre, que permaneció sentada en el salón ante los cafés que ya se habían tomado.

La habitación era pequeña y estaba decorada como todo buen adolescente debe decorar su cuarto, con posters de cantantes y actrices. Nuria les echó una ojeada e intuyó que el chico era sexualmente muy activo.

—Bueno Aaron, ante todo no sientas vergüenza de pedirme lo que deseas que hagamos, ¿vale? Yo no soy ya muy joven, pero creo que sabré tratar a un chico fogoso como tú —dijo mirándole desde abajo, pues era más bajita que él.

Entonces Aaron no habló, simplemente puso sus manos sobre los hombros y la hizo acercarse a la cama para sentarla al borde. Entonces él simplemente se bajó su pijama y su calzoncillo apretado y mostró su bonita erección ante ella.

Esta quedó maravillada ante aquella visión de su larga polla y sus testículos en su base. Impactada sin saber cómo seguir Aaron tomó su cabeza y acercó su polla a su boca dándole a entender lo que quería de ella.

Nuria se la tragó y el chico no se detuvo hasta hacerla discurrir hasta muy dentro de su garganta, lo cual le produjo arcadas que, ¡esta contuvo cuanto pudo! Hasta que tosió sacándosela del fondo de su garganta.

—¡Oh Nuria, espero no haber sido demasiado brusco! —se lamentó fingidamente Aaron.

—¡No tranquilo! Es la falta de práctica —dijo ella volviendo a tragarse ahora motu proprio su larga erección, sacando su lengua al final y lamiéndole los huevos.

¡Aquella vecina era una caja de sorpresas y la chupaba como los ángeles! Aaron acompañaba los movimientos de su cabeza y la hacía entrar y salir profundamente en su garganta.

—¿Te gusta? —le preguntó cuando este hizo una pausa en su mamada.

—¡Oh si, ahora quiero follarte las tetas! —dijo él.

Y ella, obediente, se quitó el vestido y el sujetador para dejar a la vista sus dos preciosas sandías, juntándoselas para que Aaron la atravesara por su canalillo con su larga erección, follándoselas. Pero aquello no discurría mucho, pues a pesar de lo ensalivada que se la había dejado tras chupársela, en seguida se acabó la lubricación, así que fue la propia mujer la que escupió en sus tetas para que su saliva actuara de lubricante. A partir de ahí se las folló con mayor ímpetu y velocidad.

—¡Ay Aaron, qué bien me follas las tetas! —dijo la vecina.

—¡Y no sólo te voy a follar las tetas! Vamos gírate y ponte de rodillas —le ordenó.

Entonces la vecina se incorporó y obedeciendo se puso a cuatro patas sobre su cama. Este le bajó las grandes bragas de algodón y descubrió una raja peluda y gruesa al igual que el resto de

su cuerpo. Pero en absoluto del importó, pues toda aquella carne palpitaba porque una polla dura como la suya la atravesara. Así que escupió ahora él en su mano y con su saliva masajeó aquel gran chocho hasta que sintió que la lubricación interior manaba con facilidad, momento en el que decidió que estaba a punto para la follada, así que apuntando en su entrada coló su glande jugosamente en su sexo, ¡tan largo tiempo en desuso!

—¡Ay Aaron, qué bien me follas! —dijo la vecina al sentirse penetrada por aquella larga y fina polla.

Aaron no dijo nada simplemente acotó su culo y la empujó con tanta fuerza que esta tuvo que girar la cabeza para no darse en la pared que tenía en frente. Su impetuosa follada no se detuvo y siguió torturándola con fuertes culadas que sonaban como palmadas por toda la estancia mientras…

Mientras una madre excitada en su puerta se atrevió a abrirla levemente para ver cómo se follaba de espaldas a una generosa vecina mientras ella, morbosamente disfrutaba del placer de mirar.

Aaron la vió allí parada, con su bata entreabierta mordiéndose el labio inferior sensualmente cuando la vecina también la vio.

—¡Ay Sara, qué bien me folla tu hijo! ¡Qué afortunada he sido al tener este golpe de suerte! —se atrevió a decirle sin importarle que la estuviese viendo tan desnuda como una diosa griega con sus carnes voluptuosas en lo que antes se consideraba el culmen de la belleza.

—¡Vamos túmbate boca arriba! —le ordenó su macho.

Y como buena hembra esta obedeció en su cama, quedándose con sus carnosos muslos en el aire mientras flexionaba las piernas para recibir de nuevo la larga vara que la abrasaba por dentro.

Aaron le penetró de nuevo y ahora con ella boca arriba la madre se atrevió a entrar, se deslizó las bragas por sus muslos y se quitó la bata ante una vecina entregada a la fornicación que le practicaba su hijo.

—¡Oh Nuria, yo me preguntaba si no podrías satisfacerme también a mí! —dijo la madre.

Y sin pedir más permiso se encaramó a la cama de su hijo y poniéndose en cuclillas le ofreció su vulva a una azorada vecina mientras era follada por su hijo.

No tuvo tiempo de responder, pues el chocho materno cubrió su boca y derramó sobre ella su ambrosía pero, sorprendentemente esta lamió y comió todos aquellos jugos maravillosos que la madre le entregaba. Sara gimió de nuevo, entregada al placer lésbico mientras su hijo se la follaba.

Ahora intercambiaron posiciones, en un movimiento tan audaz como insospechado, el hijo la liberó y le pidió a su madre que se apartase, encaramándose a sus tetas le ofreció su verga para que la tragara al tiempo que se las follaba.

Una colorada vecina, que no daba crédito ni abasto ante un caliente hijo y una caliente madre, sintió como esta entre sus muslos la penetraba con dos, tres, cuatro y terminaba con toda la mano metida en su sexo lascivo y tremendamente lubricado.

Entonces Nuria explotó, soltando litros de su squirt ante tanto estímulo mientras madre e hijo la follaban cada uno por su lado. Ante los estertores de la vecina Aaron se comenzó a masturbar en su cara, pues ciertamente su excitación durante el día le impedía terminar de otra forma que no fuera con una dura masturbación y consiguió terminar sobre su boca corriéndose con apenas unas gotas de semen pues. ¡había derramado tanto ya que apenas tenía reservas!

De repente la boca de Nuria se la chupó una vez más y sintió la dulzura de una boca como la de nuria sobre su glande, deleitándose con el sabor de su escasa leche, mamándosela suavemente mientras el chico se relajaba en otro ansiado final.

El trío se rompió, saliendo el chico de entre sus tetas y la madre de entre sus muslos, dejando a una acalorada vecina, roja como un pimiento exhausta tras la intensa follada.

Tras incorporarse contempló horrorizada el charco de su squirt en el cuarto del joven, no llegando a manchar su cama, pues su sexo estaba expuesto y al borde cuando su madre la folló con toda la mano.

—¡Lo he puesto todo perdido! —dijo ante una azorada madre.

—¡Oh Nuria, no pasa nada ahora traigo la fregona!

—¡Nunca pensé que podías ser tan caliente! —dijo el hijo.

—¡Qué deliciosa follada hijo! Aquí me tienes para lo que necesites —añadió la vecina ya sentada sobre en su cama.

—Ahora falto yo Nuria, no se si podrías acabarme con la boca —dijo la madre de repente saltando sobre la cama y poniéndose de pie sobre la boca de la vecina.

Esta no pudo contestar más que sentir como la madre le clavaba su nariz en su vulva y le pedía que la acabase con su lengua.

Así que Nuria lamió su sexo henchido y rojo, tras tanto sexo como había disfrutado Aaron, tuvo que emplearse a fondo, pero estaba tan caliente que no hizo falta mucho lamer y follar con sus dedos mientras esta le sujetaba la cabeza allí abajo para que la madre se corriese soltando también su pequeño squirt en la boca de la vecina chupadora, derramándose este por

sus grandes tetas.

Sintiendo que las piernas se le aflojaban y estando a punto de caerse hacia atrás su hijo la rescató y sujetándola la sentó junto a la vecina en su cama. ¡Ya eran dos las hembras satisfechas!

—¡Gracias Aaron, pensaba que me caía! —rio la madre.

Así terminaron aquel fogoso e insospechado trío, recuperando la vecina sus ropas se vistió ante una madre y un hijo satisfechos frente a ella.

—¡Oh Sara, qué delicioso trío hemos formado! —dijo la vecina mientras se vestía.

—¡Quién lo iba a decir Nuria! Ahora ya tenemos un secreto más que guardar —rio Sara con toda la intención, pues un secreto se ata con otro secreto de quien lo ha de guardar.

—¡Claro, tenéis mi silencio garantizado! Es más, me tenéis dispuesta para cuando me necesitéis.

—¡Gracias por el ofrecimiento vecina! —dijo Aaron uniéndose a la conversación.

Madre e hijo la acompañaron armoniosamente hasta la puerta y la despidieron. Así Nuria quedó tan agradecida como complacida.

Había sido un fin de semana lleno de emociones, de miedos y de placenteras sensaciones. Había sido como una ensoñación y cada cual a su manera se pellizcaba para asegurarse de que todo aquello había pasado.

Habían experimentado un viaje cuasi mágico, desde el miedo inicial, hasta la duda del qué hacer, llegando a la incertidumbre del placer y estallando por fin en el orgasmo de la plenitud.

Ya nada sería igual entre ellos, pues habían compartido algo tan íntimo que nunca podrían olvidarlo. Y lo habían disfrutado, desde el miedo y la preocupación hasta el placer y la despreocupación.

Mañana sería otro día y el sol brillaría en todo lo alto mientras en sus mentes pesarían los recuerdos de aquel fin de semana. Entre la ensoñación y la realidad, entre la irrealidad de lo ocurrido y la monotonía de una semana más en sus vidas.

¿Podrían llegar al olvidar todo aquello? ¿Podrían llegar a convivir como si tal cosa de nuevo? Ninguno tenía respuesta para tan incómodas preguntas. No, después de sentir lo que habían sentido, de compartir y compartirse, tanto entre ellos como con aquella extraña doctora que vino a deshacer un entuerto ya deshecho, pero que contribuyó sobremanera a una intimidad insospechada entre ella y él, que también estaría para siempre en sus memorias.

¿Volverían a verla? ¿Se entregarían el uno al otro ante sus atenciones y arrumacos? ¿Serían un trío tan unido como completo?

Preguntas, preguntas y ninguna respuesta cierta. Solo en tiempo hablaría, solo el tiempo les diría si todo aquello había sido fruto de una noche de Luna llena, con lo cual ellos serían tildados de lunáticos o se establecería en la normalidad y la plenitud en sus vidas, con lo cual ellos también serían tildados de lunáticos. Pero, ¿no está la Luna en el cielo para que los locos la miren y sueñen estar cuerdos? ¿O son los cuerdos los que la admiran y desean entregarse a su frío y oscuro encanto? A la locura del sexo desbocado, perdiendo sus miedos y entregándose a sus anhelos. Olvidándose del tabú y las ataduras sociales, siendo puros y francos consigo mismos. Y también sabiendo parar cuando la locura llega a límites fuera de lo tolerable.

Así se sentían ellos en aquel domingo durante la cena, todo eran preguntas, preguntas sin respuesta, llenos de dudas de miedos y de incertidumbres, como lo estamos todos los que pasamos por esta vida. El futuro es una ilusión, el pasado no se puede cambiar, solo cuenta el presente, por eso a veces se le llama “regalo”.

Una semana después…

La semana transcurrió con su curso de rutina, trabajo para Sara y estudios para Aaron. No hablaron más del tema del fin de semana, es más, trataron de evitarlo y volver a la normalidad hasta el viernes por la noche…

—¿Mañana saldrás con tus amigos hijo? —le preguntó la madre mientras cenaban.

—Sí, supongo que si —respondió lacónicamente su hijo sentado a la mesa.

—Espero que lleves la lección aprendida, ¡nada de pastillas azules! —dijo la madre en un tono entre la reprimenda y la jocosidad.

—¡No, claro que no! —rio el hijo de mala gana—. Aunque al final tampoco estuvo tan mal, ¿no?

—¡Cómo te atreves! ¿He de recordarte lo que tuvimos que hacer? —dijo la madre poniéndose seria.

—Tienes razón mamá solo bromeaba. En realidad me refería a la doctora Bru, eso he de admitir que estuvo bien. ¿Tú también lo pasaste bien con ella no? —le inquirió su hijo con una sonrisa maliciosa en sus labios.

La madre no respondió inmediatamente, pues las imágenes de su hijo follándose a la doctora vinieron a su mente, junto con el recuerdo y la excitación que sintió cuando esta se metió literalmente entre sus piernas y le lamió la raja sin esperar confirmación por su parte.

—Bueno, he de decir que me sorprendió porque no me lo esperaba hijo. La doctora seguía sus impulsos y no se detenía ante nada, sin duda es todo un carácter.

—Te confieso que me gustó follarla mientras veía cómo te comía el coño mamá —dijo Aaron.

—¡Hijo, dicho así suena muy vulgar! —protestó la madre.

—Lo sé mamá, lo siento pero es que lo he dicho como lo sentía.

—Bueno no pasa nada. Admito que me quedé sorprendida y también me gustó ver cómo lo hacías con ella mientras ella me lo hacía a mí.

—¿Era tu primera vez con una mujer? —se interesó Aaron con mucha curiosidad.

—Bueno hijo, no quiero entrar en detalles pero hace mucho tiempo que tuve unos juegos con una amiga especial.

—¿Cuándo fue eso? —siguió Aaron preguntando.

—Como te he dicho no quiero entrar en detalles, pero fue en la pubertad, ambas éramos

jóvenes y muy buenas amigas y una cosa llevó a la otra.

—¡Jo mamá, no me lo contarías! —le rogó su hijo.

—No Aaron, eso es algo íntimo que reservo para mi —dijo tajante ella.

—Vaya, pues me gustaría oír tu historia si te animas algún día —se lamentó Aaron.

La madre quedó pensativa y la conversación se detuvo por unos momentos mientras comenzaban a retirar los platos yendo y viniendo de la cocina. Como buen hijo Aaron ayudó a su madre.

Ya en el sofá, mientras veían distraídamente la tele y reposaban la cena, siguieron conversando.

—¿Te puedo hacer una confesión hijo?

—¡Claro mamá! —dijo Aaron transmitiendo confianza.

—Siempre tuve una secreta fantasía. Hacerlo con un desconocido —le confesó su madre.

—¿En serio? —dijo Aaron sorprendido.

—¡Sí! Me da mucha vergüenza confesártelo, pero hemos compartido algo tan íntimo por circunstancias tan particulares que tenía que decírtelo.

—¿Te gustaría que trajese a un amigo algún día?

—¡Oh no, me moriría de vergüenza hijo! —dijo la madre alterada—. ¿Cómo podrías volver a verlo sabiendo que se ha follado a tu madre? Y seguro que lo contaría —concluyó la madre.

—Tienes razón mamá, pero entonces, ¿cómo lo hacemos? ¿Buscamos a un desconocido y se lo proponemos?

—Esa sería la opción, además me gustaría que tú estuvieses presente y me vieses follar con él, como yo te he visto con la doctora Bru. Admito que no es fácil.

—Bueno podríamos salir juntos una noche y mentir, decir que eres mi amante y que a mí me gustaría verte follar con otro. El resto quedaría entre tú y yo —propuso Aaron.

Sara no lo había pensado así, pero le pareció lógico y en definitiva una buena idea.

—¿Y cuándo podríamos intentarlo? —dijo la madre dando por supuesto su asentimiento a tal idea.

—¿Mañana sábado? —dijo Aaron.

—¿No ibas a quedar con los colegas? —preguntó la madre.

—Bueno pero, ¡esto es mucho más interesante mamá! Ya quedaré con ellos otro día —dijo el

hijo.

Fueron a un restaurante y cenaron juntos. Era algo caro pero nunca salían y se lo podía permitir, así que aprovecharon la noche para tal evento. Tomaron vino a petición de ella. A él no le gustaba mucho el vino, pero por agradar a su madre tomó un par de copas, mientras ella se apuraba toda la botella. Decía que estaba nerviosa y que el alcohol le ayudaría a meterse en situación.

Luego fueron a un sitio de copas pijo, pero a Aaron no le gustó el ambiente, entre tanta gente estirada, así que terminó llevándola a un local de menor postín. Allí había hombres de mediana edad y chicos jóvenes.

Las instrucciones de la madre eran claras, queremos un chico más o menos de tu edad y que se vea formal.

—Vamos un pringado —dijo Aaron.

—Dicho así hijo parece algo poco apetecible sexualmente.

Tomaron una copa y se buscaron una esquina. Allí otearon el ganado y pensaron en varios candidatos. Tenía que estar solo o como mucho con otro amigo, pues no era cuestión de invitar a follar a una pandilla.

De repente un chico se despidió de otro y este se quedó solo junto a una columna. La madre se fijó en él justo en ese momento y se lo señaló a su hijo.

—Vale, hablaré con él —le dijo.

—¡Espera un momento, pero qué vas a decirle…! —inquirió su madre sujetándolo del brazo.

—Tú confía en mi —fueron las simples palabras con las que se despidió su hijo.

El chico era un poco más bajo que Aaron y efectivamente tenía cara de buena persona. Aaron se presentó y habló con él unos instantes, luego señaló a su madre y esta se ruborizó al sentir la mirada de ambos hacia ella.

Su nuevo amigo asintió con la cabeza y se acercaron. Era el momento clave.

—Hola Sara, este es Cristian —le dijo presentándoselo.

El tal Cristian se adelantó y le dio dos besos.

—¡Encantada Cristian! —dijo su madre con una risita nerviosa.

—El gusto es mío —dijo Cristian.

—He comentado a Cristian que le has gustado y que querías conocerlo mamá—dijo su hijo.

Sara se sorprendió de que su hijo la llamase mamá delante del desconocido, aquello se salía del guion que habían trazado, pero ya estaba dicho así que no había vuelta atrás.

—¿Ah si? —dijo su madre sorprendida por lo directo de su hijo—. Bueno Cristian, es que he visto que te has quedado solo y bueno como me daba mucha vergüenza le he dicho a mi hijo que se adelantara para conocerte.

—¿Eres tímida? Yo también soy bastante tímido —dijo él con una sonrisa nerviosa.

—Bueno, voy a pedir bebidas, ¿queréis algo? —dijo su hijo.

Sara y Cristian le comentaron lo que querían y Aaron se acercó a la barra y les dejó a solas.

En ese momento la tensión entre los dos podía cortarse con un cuchillo, se miraban y se sonreían, pero ninguno era capaz de romper el hielo.

—Bueno Cristian, esto te parecerá raro, ¿no?

—La verdad es que un poco, si —asintió el nuevo chico.

—Lo entiendo Cristian, verás es que me cuesta conocer gente y hoy mi hijo ha insistido en que saliese con él, pues los sábados me quedo sola y él dice que no es bueno que esté sola.

Cristian el prestaba mucha atención y tenían que acercarse a la oreja del otro para que el otro entendiese lo que le decía con el ruido de la muchedumbre y la música.

—A mí a veces también me pasa Sara, de no ser por vosotros igual ya me había marchado a casa. Había quedado con un amigo pero le ha llamado su novia y me ha cancelado el plan.

—¡Oh, qué putada! —dijo la madre—. Porque tú, ¿no tienes novia?

—No, aún no —dijo con sinceridad el chico.

—Bueno, ya te saldrá algo —dijo la madre con una sonrisa mientras notaba como el chico le miraba el escote y las tetas.

La conversación se cortó en ese instante pero la sensualidad iba *in crescendo*…

—Sara me pareces muy guapa, me alegro de estar aquí conociéndote —le dijo Cristian al oído.

—¡Gracias! —dijo la Sara—. Tú también me has parecido un chico muy guapo y se te ve formal. Justo lo que estaba buscando —dijo la madre.

—¿Buscando, no entiendo? —dijo Cristian.

—Bueno, no quiero parecer demasiado atrevida Cristian, pero tú me has gustado y tampoco quiero perder el tiempo así que…

Sara se acercó y le besó en los labios dulcemente, luego se separó y esperó su reacción.

—¡Oh Sara, eso ha sido…! —dijo él volviéndose a acercarse a ella y besándola con más pasión, cruzando saliva y sus lenguas en el camino.

—¡Oh Cristian! Me temo que estoy un poco cachonda —dijo ella mientras echaba mano a su paquete y le notaba el bulto empalmado.

—¡Y yo Sara! —dijo él ante la evidencia.

—Persona, me hago pis, ahora vuelvo, ¿vale? —dijo Sara disculpándose antes de marcharse.

Tras coger su bolso y levantarse llegó el hijo con las bebidas y se sentó junto a Cristian.

—¿Qué tal Cristian? —dijo Aaron.

—¡Oh muy bien, tu madre es muy simpática! —dijo él como cumplido.

—¿Simpática? Bueno si, en cierto modo —rio su hijo mientras tomaba un sorbo de su bebida.

—Bueno, digamos que es sincera —dijo finalmente Cristian.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó acto seguido su hijo con interés.

Cristian torció el gesto y se puso rojo.

—Bueno Aaron, todo esto es un poco raro. Se me hace raro hablar contigo, que eres su hijo, de las cosas que me ha dicho ella —concluyó el chico poniéndose un poco nervioso.

—¡Nada hombre, no te preocupes! —dijo Aaron rodeándolo con su brazo por los hombros para darle sensación de tranquilidad—. Mi madre necesita divertirse, por eso la he traído hoy aquí y por eso te la he presentado.

—Entonces, ¿no te importa que se enrolle conmigo? —dijo Cristian extrañado.

—¡Qué va hombre! Entre nosotros hay mucha confianza, ya te irás dando cuenta —le dijo Aaron.

—¡Vale! —sonrió Cristian.

Entonces volvió su madre y sonriendo se puso entre ambos tomando la bebida que le ofreció su hijo. De un trago casi se tomó la mitad de la copa ante la atónita mirada de los dos chicos.

—¡Uf, qué sed tenía! —dijo la madre—. ¿Bailamos Cristian?

—¡Vale! —dijo el chico.

Así que ambos se separaron un poco de Aaron y este se quedó observándolos con su copa en la mano.

La madre comenzó a bailar sensualmente frente al chico y luego se giró pegando su culo a su

entrepierna, Cristian al principio miró a Aaron pero este le guiñó un ojo, así que se decidió a cogerla por la cintura y perrear un poco con aquel maravilloso culo.

La madre se restregaba sensualmente contra su vaquero y este la empujaba sensualmente contra su trasero. Luego se giró y abrazándolo comenzó a restregarse por delante, las tetas y la pelvis, mientras él la miraba a los ojos.

Finalmente se besaron calientemente y al ritmo de la música se dieron el lote frente a la muchedumbre danzante a su alrededor.

Tras el calentón se sentaron y tomaron sus bebidas.

—¡Uf, qué calor! —dijo la madre.

Entonces Aaron la sacó a bailar y ante la atónita mirada de Cristian ahora fue el hijo quien perreó a la madre, poniéndola de culo y pegándose a su trasero, para luego agarrarla de frente.

—¡Por qué le has dicho que soy tu madre! —protestó Sara.

—¿Por qué no? Me pareció morboso que sepa que eres mi madre, ¿no te da morbo a ti? —dijo Aaron tan pancho.

—Me dará más vergüenza follármelo y entonces tú no podrás participar —dijo Sara mientras bailaban.

—No seas tonta, será morboso, no te dejaré follárselo sola, querías dos pollas, ¿no? Pues tendrás dos pollas.

—¡Estás loco Aaron! ¿Lo sabes? —dijo la madre mientras se separaba y bailaba sola.

Cristian los miraba empalmado y deseaba tocar el cuerpo de Sara, le gustaba tanto. Siempre había tenido ganas de tirarse a una MILF y aquella noche le parecía que conseguiría su sueño dorado.

Al volver Sara tomó la copa de Cristian y bebió sensualmente de su vaso para luego devolvérselo. Este tomó el gesto como algo sensual y bebió tras hacerlo ella.

Entonces Sara se le echó encima y besó sus labios con pasión y con mucha lengua. Cristian soltó la copa y se pegó el lote delante de Aaron que sonrió mientras los veía comerse el uno al otro.

—¿Nos vamos ya? —dijo la madre tras soltar a su presa.

—¿A follar? —dijo Aaron socarrón ante la estupefacción de Cristian.

—¡Hijo no seas grosero! Yo no follo, yo hago el amor —dijo la madre soltando una risotada.

—No vivo lejos de aquí, ¿queréis ir a mi casa? Se puede ir andando —dijo Cristian.

—¡Vale! —dijo Sara.

Salieron del atestado local, tras formar una serpiente de tres nodos y estrujarse contra la muchedumbre que lo atestaba. Sobándose con todos los que pasaban, Sara sintió como le tocaban el culo, le arrimaban la cebolleta y le sobaban las tetas con el pecho, pero estaba tan cachonda que no le importó, ¡en absoluto!

Pasearon por las calles silenciosas los tres, con Sara cogida de la mano de Cristian y no tardaron en llegar a su apartamento. Al entrar todo estaba perfectamente ordenado, nada que ver con el piso de un joven de dieciocho años como cabría esperar. Había una pecera con pececitos de colores, débilmente iluminados por una luz azul. Un detalle muy chic que llamó la atención de Sara.

—¿Tienes baño? —preguntó Sara.

—Sí, aquí —dijo el chico indicándole una puerta disimulada en una esquina del salón con cocina americana.

Sara pasó al baño y tras un potente pis se aseó el chichi en el bidé para estar presentable ante su nueva amistad.

Mientras tanto en el salón Cristian no sabía qué hacer frente a Aaron y pensaba si este se marcharía o se quedaría mirando mientras follaba a su madre.

—Bueno Aaron, esto es un poco raro la verdad. Perdona que te lo pregunte pero, ¿tú te quedarás aquí mientras lo hacemos?

—¡Ay amigo, entiendo que eso te inquiete! Pero como comprenderás no puedo dejar a mi madre con un chico al que acabamos de conocer, ¿y si eres un psicópata? —dijo Aaron muy seriamente.

—¡Oh claro, ya entiendo! —dijo Cristian visiblemente nervioso.

—¡Tranqui tío, yo sólo quiero mirar! Me gusta ver follar a mi madre con tíos y bueno, también está el tema de si alguno se pone violento. Ten en cuenta que te acabamos de conocer.

—¡Oh claro, entonces sólo mirar! ¡Vale! —sonrió Cristian.

Ya salió la madre del baño y ahora tocó el turno de Aaron. Lo que no esperaba este es que tras hacer su pis de rigor, al volver al salón su madre apareciera muy abierta de piernas en el sofá mientras Aaron le comía la raja con avidez y esta se descosía sujetándole la cabeza mientras le lamía el clítoris y la besaba en las ingles.

—¡Oh Aaron! —dijo la madre disimulando como si le importase lo que estaba viendo,

tapándose con el vestido.

—¡Seguid, seguid! —dijo Aaron ufano él.

—Bueno, yo tengo que entrar al baño, también necesito hacer un pis y asearme un poco —dijo Cristian levantándose del suelo donde se había comido la maravillosa raja de aquella MILF fantástica que había conocido de manera tan sorprendente aquella noche de fiesta.

—Ya te vale mamá, le ofreces tu coñito al chico y no le dejas ni ir a mear —rio Cristian.

—¿Tú no pusiste reparos en ofrecerle tu polla a la Dra. Bru delante de mis ojos! ¿Recuerdas? —le recordó la madre.

—*¡Touché!* —dijo Aaron arrodillándose ante su madre.

—¡Espera un momento! ¿No irás a…?

No le dio tiempo a terminar la frase. Aaron subió su vestido y enterró su cara entre sus muslos clavando su lengua en su coño lubricado.

—¡No Aaron, tú no! —protestó la madre intentando cerrar las piernas y que su hijo no hiciese aquello.

Pero no le fue posible, Aaron se empleó con todas sus fuerzas hasta que la madre desistió, entonces sintió su lengua clavarse y lamer lo más íntimo de ella echándose hacia atrás y disfrutando de unos momentos de éxtasis prohibido.

—¡No quiero que nos vea por favor! Ya estará al salir —le dijo separándolo de ella.

Por un segundo no los pilló. Aaron se limpió disimuladamente sus labios tras comer la fruta prohibida de su madre y el chico no se dio cuenta.

Entonces Sara saltó sobre Cristian y arrodillándose decidió pagarle con la misma moneda chupándole su polla. Era algo que no había hecho nunca en su vida, pues era una mujer tradicional y antes no se hacía esas cosas, pero tras ver a la Dra. Bru comérsela a su hijo tenía ganas de probar qué se sentía así que se zambulló y se tragó su verga recién lavada en el baño, chupándola con fruición y entrega.

Las arcadas que le vinieron la hicieron recapacitar sobre su ímpetu y se lo tomó con más calma.

Aaron se echó en el sillón junto al sofá y ni corto ni perezoso sacó su polla y comenzó a masturbarse ante la atónita mirada de Cristian.

—¡Tranquilos, podéis follar con comodidad en el sofá! —dijo Aaron para calmar a Cristian.

Este se puso un condón y su madre se dispuso a cuatro patas de rodillas en el sofá. A

continuación Cristian se la metió despacio provocando un largo gemido de su madre, que Aaron disfrutó con tan solo oírlo.

El chico se aferró a sus caderas y sin quitarle el vestido, simplemente echándoselo por la espalda la folló a cuatro patas con él de pie desde atrás, con un pie en el suelo y otro en el sofá.

—¡Ay, qué rico! —dijo la madre de Aaron mientras se dejaba coger por detrás.

Entonces cambiaron las tornas y la madre hizo sentar al chico y ella se sentó sobre su polla, comenzando a cabalgarlo mientras este luchaba por chuparle las tetas. Así que se bajó las tirantes y sacó sus generosos pechos dándoselos a mamar.

Tan ensimismados estaban los amantes que no se dieron cuenta que desde atrás el hijo se había acercado y cogiendo las tetas de su madre la besó en el cuello.

—¡Ahora con dos pollas mamá! —le susurró aunque Cristian pudo oírlo.

—¡Pero hijo, ahora no! —dijo la madre sintiendo gran vergüenza.

—¡Ahora sí! Moveos y poneos a lo largo del sofá.

Cristian no podía creerlo, pero obedeció cuando el hijo le dijo que se tumbase. La madre ni se la sacó, se giró y siguió con ella clavada en su coño.

Entonces Aaron les dijo que siguiesen follando y mientras lo hacían chupó sus dedos y metió uno en el culo de su madre, quien gritó por la sorpresa y luego gimió complacida.

La folló unos segundos con su dedo y cuando se hubo asegurado de que su culo estaba lubricado a conciencia, escupiendo en su mano y untando abundante saliva. Subió una pierna y se agachó sobre su madre, para clavarle su verga en su culo.

La cosa estuvo complicada, los amantes pararon su frenesí y dejaron a su hijo intentar clavarla en tan ajustado ojal.

Ante bufidos y quejidos de la madre, la verga entró a duras penas. Entonces Cristian movió la suya atrapada en su coño y aplastada por el peso de la madre y este cambio complació a la hembra que relajó su esfínter los suficiente para que su polla entrase un poco más.

Aaron folló el culo de Sara y esta gozó con su polla ahí adentro y la otra en su coño. Dos pollas como secretamente había fantaseado hacía tantos años que ya ni lo recordaba.

La excitación era máxima y las consecuencias no tardaron en llegar. Sara se corrió y su corrida alentó a los dos potros a seguir atravesando sus agujeros pero esto le dolió y cortó de raíz el placer del orgasmo aunque más tarde lo recordaría con gran detalle y placer.

En ese momento Aaron sacó su polla de su culo, lo cual dejó de doler a ella. Y aferrado a su polla se la meneó en su espalda hasta correrse en su espina dorsal y su culo sudado.

Mientras tanto, Cristian desde abajo siguió follándola y recordándole que aún tenía otra polla en su coño, dándole placer y haciéndola recuperar el frenesí de la follada, pero no por mucho tiempo pues el muchacho se corrió con sus tetas en la cara y ella le regaló su lengua y sus labios mientras sentía como palpitaba su polla en su coño y no la regaba pues llevaba puesto un condón pero su lengua la regó con su saliva.

Los tres rompieron el hechizo que los unía y el encanto se apartó de la escena del trio caliente que habían consumado, con sándwich de mortadela incluida una madre socorrida que había gozado como pocas veces.

Sara fue al baño, donde se deshizo de limpió su espalda con una toalla del chico y se aseó un poco para arreglar el desaguisado. Luego salió y se vistió, abandonando a altas horas de la madrugada la casa del chico. No sin antes cruzar teléfonos y prometerse volver a verse.

—¡Estoy disponible para vosotros cuando queráis! —dijo un Cristian agradecido.

—¡Eres un sol! —dijo la madre regalándole otro beso con lengua.

Finalmente volvieron al coche, donde lo habían aparcado y condujeron a casa, cansados y complacidos por el placer y la fantasía que habían disfrutado juntos.

—¿Te ha gustado? —preguntó el hijo a la madre.

—Gustado… no… ¡me ha encantado! —dijo la madre al hijo.

Guía de personajes

Sara: Madre de Aaron, cuarentona esbelta de pechos proporcionados, caderas anchas y culo respingón. Trabaja como secretaria, por lo que el aspecto físico es importante para ella, de modo que se cuida y hace dieta.

Aaron: Hijo de Zara, alto y esbelto como su madre, tiene una larga polla fibrosa que su madre ya casi no recuerda. Se ha convertido en un hombre apuesto aunque frecuenta malas compañías, fruto de las cuales tendrá una urgencia que preocupará tanto a él como a su madre, sobre todo cuando el diagnóstico de la doctora les pone en alerta.

Dra. Bru (Irene): De nombre Dolores o Lola para los amigos, tiene un cuerpo pequeño con pequeñas tetas y pequeño culo. Al ver a Aaron en urgencias se sobresalta dado lo aparatoso del incidente y tiene que dar malas noticias a la madre y al hijo. Aunque trata de tranquilizarlos, es consciente de la preocupación de ambos y lamentablemente tiene que dar el alta al chico a petición de su madre.

Nuria: Vecina de Sara, mujer cincuentona, un poco oronda, grandes pechos, pelo largo, cara apacible. Viuda desde hace años.